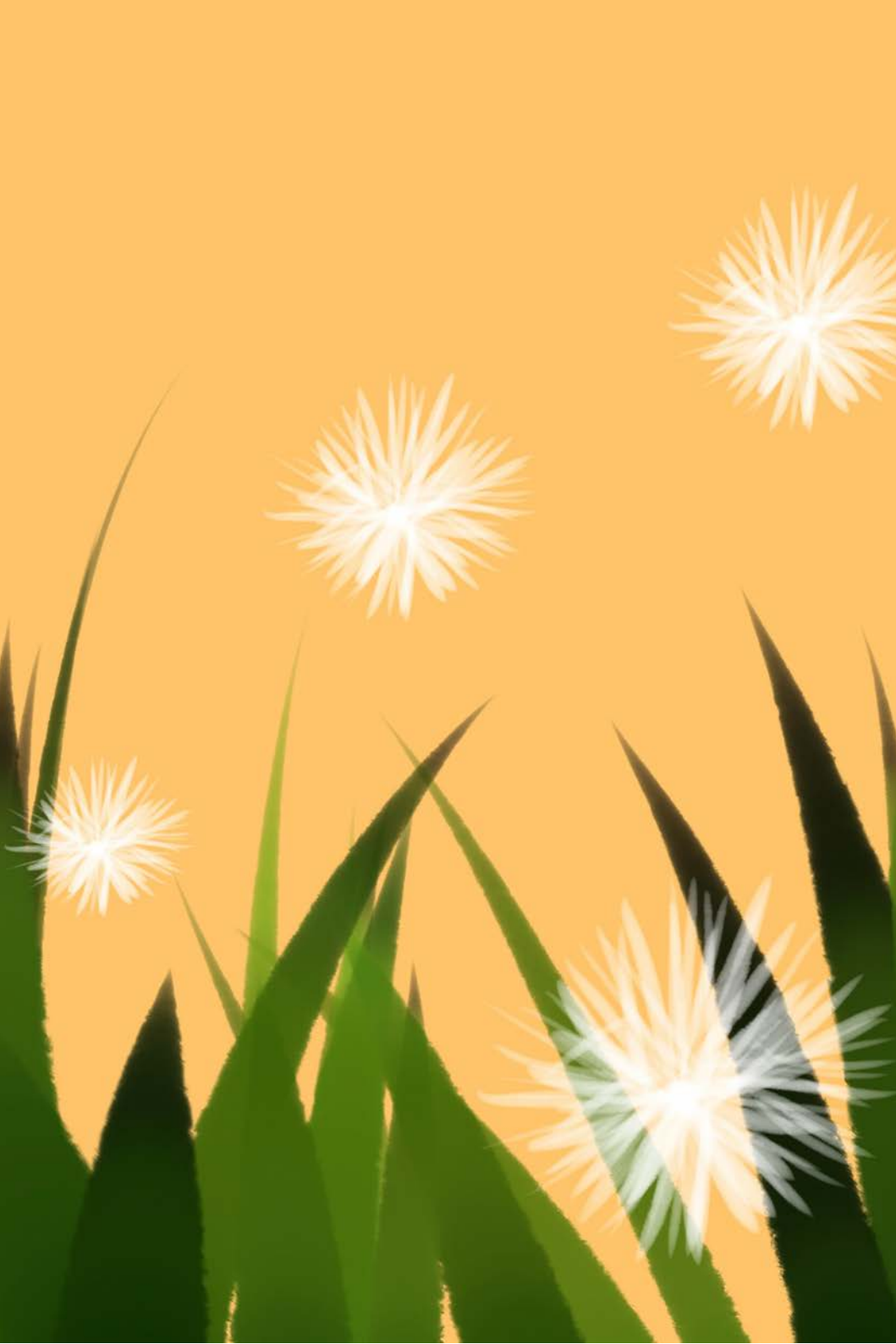


Érase una vez los Derechos de la Infancia









Érase una vez los Derechos de la Infancia

ÉRASE UNA VEZ LOS DERECHOS DE LA INFANCIA

COORDINADORES.

María Olga Troncoso Vergara. Jueza Titular del Juzgado de Familia de San Antonio.

Isaac Ravetllat Balleste. Subdirector del Centro de Estudios sobre Derechos de la Infancia y la Adolescencia de la Universidad de Talca (CEDIA). Secretario General de la Asociación para la Defensa de los Derechos de la Infancia y la Adolescencia (ADDIA).

Mauricio Jimenez Salas. Abogado - Director Jurídico Junta Nacional de Jardines Infantiles.

Mauricio Mejías Olguín. Abogado - Departamento de Fiscalía - Sección Sumarios y Juicios - Junta Nacional de Jardines Infantiles.

AUTORES.

Isaac Ravetllat Balleste - Carlos Villagrasa Alcaide - Carolina Garrido Acevedo - María Olga Troncoso Vergara - Andrés Ignacio Rivera Duarte - Ricardo Araya Troncoso - Víctor Abdala Vargas - Susana Machuca Vallejo - Verónica Toledo López - Felipe Norambuena Barrales - María Elisa Peralta Acevedo - Desirée López de Maturana Luna.

COLABORADORES.

Instituto de Estudios Judiciales Hernán Correa De La Cerda.

Institución sin Fines de Lucro

San Martín 73, Santiago, Región Metropolitana.

www.iej.cl

info@iej.cl

Junta Nacional de Jardines Infantiles.

Marchant Pereira 726, Santiago, Región Metropolitana.

www.junji.cl

Comisión de Derechos Humanos y Género de la Asociación Nacional de Magistrados.

Merced 286. Piso 3, Santiago, Región Metropolitana.

www.magistradosdechile.cl

santiago.ddhhygenero@magistrados.cl

CEDIA. Centro de Estudios sobre Derechos de la Infancia y Adolescencia. Universidad de Talca.

Lircay s/n, Talca, región del Maule.

www.utralca.cl

iravetllat@utralca.cl

ADDIA. Asociación para la Defensa de los Derechos de la Infancia y la Adolescencia.

Avda. Diagonal, 684 - 08034, Barcelona, España.

www.addia.net

info@addia.net

CESJ. Centro de Estudios Sociales y Jurídicos Sur de Europa.

www.cesj.es

info@cesj.es

ILUSTRADORA.

Florencia Cárdenas Poza.

EDICIÓN

Isabel Rivas Sepúlveda. Diseñadora Gráfica - Junta Nacional Jardines Infantiles JUNJI.

Edición Número 1

Publicado en Santiago de Chile

Año de Publicación 2017

A nuestros pequeños lectores

Con mucho agrado el Instituto de **Estudios Judiciales Hernán Correa de la Cerda** y la **Junta Nacional de Jardines Infantiles**, junto a otros colaboradores, ponemos a su disposición este texto literario, cuya simple y única finalidad es hacer difusión de los derechos humanos que se encuentran reconocidos a todos los niños, niñas y adolescentes en la Convención Sobre Derechos del Niño, desarrollados en el presente trabajo a través de cuentos, que han sido escritos por destacadas personalidades, quienes han plasmado en ellos no sólo sus habilidades literarias sino que también mucho amor y cariño entre sus letras.

Este libro representa un importante paso en nuestra labor de asistencia y protección a la infancia, y también un gran desafío asumido para aunar nuestros esfuerzos y contribuir en la promoción de tan esenciales derechos humanos, cumpliendo así un viejo anhelo del **Instituto de Estudios Judiciales Hernán Correa de la Cerda** y de la **Junta Nacional de Jardines Infantiles**.

Érase una vez Los Derechos de la Infancia, es una compilación de relatos infantiles que tiene por objetivo fundamental acercar el texto de la Convención sobre los Derechos de los Niños a quienes detentan la titularidad de los mismos, los propios niños y niñas, reconociendo sus capacidades y competencias desde temprana edad, procurando, mediante la palabra y la escritura, inculcar la defensa de sus derechos desde ellos mismos, cumpliendo, en parte, aquella promesa que hemos realizado los adultos, de respetar y promover sus derechos fundamentales, tarea siempre inconclusa cuando se piensa en la infancia.

Conocer estos derechos, sus alcances, sus implicancias y sus responsabilidades, tanto para los adultos como para los propios niños es una labor continua que debe ser promovida en todas las esferas del quehacer del Estado.

Terminamos estas palabras, invitándolos a dar una permanente lectura a estos cuentos y compartirlos, con su familia, compañeros y amigos, por la belleza e importancia de su contenido, y con la más firme convicción que este libro permitirá a cada lector ser parte de una mejor sociedad, más protectora de los derechos de todos los niños y niñas.

Haroldo Brito Cruz

Presidente Directorio
Instituto de Estudios Judiciales
Hernán Correa de la Cerda

Desirée López de Maturana

Vicepresidenta Ejecutiva
Junta Nacional de Jardines Infantiles
JUNJI



Cuentos “Érase una Vez los Derechos de la Infancia”

Convención sobre Los Derechos del Niño.

EL LIBRO MÁGICO DEL GRAN MAESTRO

Isaac Ravetllat Balleste.

Subdirector del Centro de Estudios sobre Derechos de la Infancia y la Adolescencia de la Universidad de Talca (CEDIA) . Secretario General de la Asociación para la Defensa de los Derechos de la Infancia y la Adolescencia (ADDIA).

Derecho a la No Discriminación.

ENTRE LETRAS ANDA EL JUEGO

Isaac Ravetllat Balleste.

Subdirector del Centro de Estudios sobre Derechos de la Infancia y la Adolescencia de la Universidad de Talca (CEDIA). Secretario General de la Asociación para la Defensa de los Derechos de la Infancia y la Adolescencia (ADDIA).

Principio del Interés Superior del Niño.

MUÑECAS DE PAPEL Y BARCOS DE TRAPO

Carlos Villagrasa Alcaide.

Profesor Titular de Derecho Civil de la Universidad de Barcelona y Presidente de la Asociación para la Defensa de los Derechos de la Infancia y la Adolescencia (ADDIA).

Derecho a la vida, a la supervivencia y al desarrollo.

EL TALLO ERA VERDE

Carolina Garrido Acevedo.

Jueza Titular del Juzgado Oral en Lo Penal de Rancagua.

Derecho del niño a ser escuchado.

A OÍR TAMBIÉN SE APRENDE

María Olga Troncoso Vergara.

Jueza Titular del Juzgado de Familia de San Antonio.

Derecho a la Identidad.
LA LEONA Y SU MANADA

Andrés Ignacio Rivera Duarte.

Consultor en Identidad de Género y Derechos Humanos.

Derecho a la privacidad y respeto por la confidencialidad.
EL ESTABLO DE CHU

María Olga Troncoso Vergara.

Jueza Titular del Juzgado de Familia de San Antonio.

Ricardo Araya Troncoso.

Estudiante, 8 años.

Colaboración: **Víctor Abdala Vargas.**

Juez Titular del Juzgado de Familia de Quillota.

Derecho a recibir cuidados y al amor de la familia.
MANDY, LA GATITA QUE MAULLABA

Susana Machuca Vallejo.

Abogada del Departamento Jurídico de la Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI).

Derecho a tener una Familia.
LA CENA MÁS DELICIOSA

Verónica Toledo López.

Jueza Titular del 14° Juzgado de Garantía de Santiago.

Derecho a la Salud Integral.
LOS AMIGOS DE GABRIEL
Felipe Norambuena Barrales.

Juez Titular del Juzgado de Letras y Garantía de Lebu.

**Derecho al juego y a las actividades recreativas
propias de su edad.**

SOFÍA, LA BAILARINA DE LA SELVA

María Elisa Peralta Acevedo.

Abogada del Departamento Jurídico de la Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI).

**Derecho a ser protegido contra cualquier manifestación
de maltrato o negligencia.**

DIEGO Y EL DERECHO A SER AMADO

Desirée López de Maturana Luna.

Educadora de párvulos y Vicepresidenta Ejecutiva de la Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI).





EL LIBRO MÁGICO DEL GRAN MAESTRO

Convención Sobre Los Derechos Del Niño.

Isaac Ravetllat Balleste.

Subdirector del Centro de Estudios sobre Derechos de la Infancia y la Adolescencia de la Universidad de Talca (CEDIA). Secretario General de la Asociación para la Defensa de los Derechos de la Infancia y la Adolescencia (ADDIA).



Hace mucho mucho tiempo, en un lejano país llamado el Dorado, al oeste del pequeño Reino de las Talcas, atravesado por las aguas del río Michuquen y presidido por las altas cumbres del Monte Andino, vivía el misterioso pueblo de los Senex.



Los Senex eran gobernados por un Rey, el Gran Maestro como a él le gustaba ser conocido entre sus súbditos. No penséis que por una cuestión de creerse el más listo o el más guapo o incluso el más fuerte, nada de eso. Su apodo obedecía a una tradición familiar: su abuelo había sido el Gran Sabio, su papá el Gran Duque y a él le había correspondido el honor, querido o no, de ser el Gran Maestro.

Era éste un Monarca bueno, generoso y sobre todo, por encima de cualquier otra cosa, muy preocupado por sus ciudadanos, a los que amaba y respetaba como si fueran de su propia sangre.



Un día, cuenta la leyenda, el Gran Maestro muy preocupado por las siete plagas que venían destruyendo las cosechas de su Reino, acudió a la guarida de la temida Bruja Artemisa, hechicera oscura de dos cabezas que habitaba en los Bosques del Norte, para implorarle, casi suplicarle, que liberara con su poderosa magia negra a las buenas de sus gentes.

Nadie sabe muy bien lo que sucedió en el interior de la Cueva Maldita. Ningún ser, al menos con vida, articuló palabra alguna acerca del pacto acordado entre el bondadoso Rey y la malvada Bruja. Lo único claro es que desde aquel preciso instante nada volvió a ser lo mismo: ni para el Gran Maestro, ni para su pueblo.



Las plagas desaparecieron. El sol, ausente hasta entonces, regresó orgulloso a ocupar el puesto que le correspondía en el horizonte y sus rayos no dejaron ya de brillar ni por un solo instante. Las gotas de lluvia, celosas del astro Rey, tampoco quisieron perderse ese carnaval de luz y color, así arreciaron bondadosas cada atardecer con el consabido deleite de las agradecidas cosechas que crecían ahora sanas y abundantes.

Pero no todo era tan positivo, tras su encuentro con la Bruja Artemisa pesaba sobre el Rey una inaudita y extraña maldición: era incapaz de escuchar las palabras pronunciadas por los niños y niñas de su Reino, y lo que era aún peor, ni tan siquiera podía verlos, eran completamente invisibles a sus ojos, simplemente no estaban.

Tan cruel hechizo solamente se volatilizaba, se esfumaba como por arte de magia, cuando las personas cumplían dieciocho años. En ese preciso instante, y sin obedecer a causa alguna que pudiera justificarlo, él o la joven se materializaban ante la mirada atónita del Monarca, quien de forma igualmente sorprendente, a la par que repentina, podía oír por vez primera el bello sonido emitido por los labios de sus más queridos súbditos.

El maleficio había acompañado al Rey día tras día, noche tras noche, y ninguno de los magos traídos a palacio habían dado con el remedio efectivo para sanarlo. Lo habían intentado todo: danzas bajo la cálida luz de la luna; canciones milenarias traídas desde los más recónditos parajes del mundo conocido; e incluso, oraciones rituales pronunciadas en extrañas lenguas. Pero nada de todo eso había funcionado.

Un día, allá por el séptimo solsticio de verano, el Gran Maestro se encontraba especialmente triste y decaído. No podía soportar más la simple idea de tener que esperar todavía quince largos años para poder percibir con sus propios sentidos, al fin, las risas de su hija, la princesa Infantia, que contaba ya por aquel entonces con tres cálidas primaveras.

El Rey para poder ver y oír a su hija Infantia, así como al resto de niños y niñas del Reino había decidido crear un nuevo cargo, inexistente hasta la fecha, el de Relator Real: cortesano de máxima confianza del monarca encargado de relatar, de ahí su nombre. Día tras día, hora tras hora, y casi me atrevería a decir minuto tras minuto, cuál era el estado de la pequeña y dulce Infantia, invisible recordémoslo a los ojos de su padre.

-“¡Su Majestad, hoy la princesa se ha levantado más bella que nunca, porta un vestido de lino blanco y su rubia cabellera ondea, cual volantín de tela, libre al viento!”-, decía el Relator de Palacio, con voz temblorosa, por la emoción de contemplar a su Rey derramando una amarga lágrima de tristeza.



-“¡Y qué hace....., canta, recita, susurra, silva....., dime!”-, preguntaba el Rey, lanzando un suspiro de impotencia y conduciendo su mirada hacia el espacio vacío que ante él se alzaba.

-“¡Le está sonriendo Su Alteza, quiere que tome su mano para salir a pasear por los jardines dorados de Palacio!”-. El Rey extendía su brazo izquierdo con sumo cuidado, lo dirigía en dirección al lugar donde supuestamente se encontraba la niña y actuaba como si todo estuviera bien, como si nada ocurriera, cuando en realidad era plenamente consciente de que todo era completamente anormal.



Ante su desesperación, y encomendándose a todos los Dioses, el Monarca decidió acudir a la Chamán de los Cerros del Sur, la joven UN, discípula del Mago Thor que habitaba a los pies del Monte Andino y de la que se rumoreaba poseía la destreza de enfrentar las artes oscuras de la maléfica Bruja Artemisa. Así, el Gran Maestro, se dirigió a las faldas del Monte Andino y, una vez allí, ayunó por dos días consecutivos, contempló la puesta del sol en tres oportunidades y, por último, se sumergió totalmente desnudo en las heladas aguas del río Ródano, no en dos ni en tres sino en cuatro ocasiones; rituales todos ellos de purificación indispensables para ser recibido por la Chamán UN.

-“¡Hay que escribir un libro mágico!”-, exclamó una joven de aspecto sonriente sentada tras una enorme bola de cristal.

-“¡Un texto sagrado, en que el Rey, a pesar de no poder verlos ni escucharlos, anote cada una de las buenas acciones que emprenda a favor de todos y cada uno de los niños y niñas que habitan en su Reino!”-.

-“¡Si hace esto durante 10 largos años, el maleficio que pesa sobre su corona desaparecerá sin dejar rastro!”-, y tras pronunciar estas palabras, UN desapareció tras una intensa humareda provocada por dos velas de incienso mal apagadas.



Pocos días después, y siguiendo las precisas instrucciones dictadas por la Chamán de los Cerros del Sur, empezaron en Palacio los trabajos de redacción del documento sagrado. Para tan importante labor se citó a sabios venidos de todos los rincones del Reino, quienes fueron los encargados de ir anotando una tras otra las buenas acciones que el Rey iba realizando a favor de los niños y las niñas.

15 de septiembre... Hoy el Rey, acompañado de su Relator, ha ido a la escuela para ver si todos los niños y niñas tienen un lugar donde sentarse, libros para estudiar, y un maestro del que aprender....

16 de septiembre... Hoy el Rey ha ayudado a unos niños que venían de unas tierras muy lejanas y que vestían de una forma diferente e incluso hablaban un idioma extranjero, a sentirse como en casa, a que no se burlaran más de ellos y a que el resto de niños y niñas les admitieran en sus juegos.

17 de septiembre... Hoy el Rey ha llamado a un grupo de niños y niñas a Palacio para que le cuenten, bueno mejor dicho para que le cuenten al Relator y éste a su vez al Rey, cómo les gustaría que fueran las calles del Reino, de qué color pintarían los bancos de la Plaza de Armas y la forma como les agradaría que se cuidaran los bosques dorados que rodeaban la casa real.



Y así, de este modo, y durante diez largos años, los sabios de la Corte fueron escribiendo, una tras otra, sin olvidarse de una sola, todas las acciones que el Rey realizó con y para los niños y las niñas. En poco tiempo el Libro Mágico fue creciendo y creciendo hasta convertirse en el Libro más grande y bello nunca antes visto.

Y pasó el tiempo y como quien no quiere la cosa llegó el gran día, el momento en que se cumplían los diez años exactos desde que los sabios de la Corte empezaran a escribir en letras de oro las buenas obras del Rey en las páginas del Libro Mágico. Para celebrarlo, el Gran Maestro organizó una gran fiesta a la que fueron invitadas todas las personas de menos de dieciocho años, incluida, por supuesto su amada hija Infantia.

DERECHOS
DEL NIÑO
Y
LA NIÑA

Sonaron las doce de la noche en el Campanario de la Plaza de Armas, y de repente, tal y como la Chamán de los Cerros del Sur había pronosticado los niños y niñas del Reino, con la pequeña Infancia a su cabeza, se hicieron visibles. Sus risas y cantos pudieron ser oídos por vez primera por el Gran Maestro. Todos estaban jugando, eran felices y el Rey repleto de tanto amor decidió que ese día sería recordado para siempre como el Día de los Niños y las Niñas, y que nunca más permitiría que ninguna Bruja, por malvada que ésta fuera, le impidiera ver y oír a esos seres tan maravillosos y especiales.

Y lo que nadie sabe, pero yo quiero contaros es que el Libro Mágico del Gran Maestro todavía existe hoy escondido en alguna parte. Y lo que es aún más importante, está dotado del extraño poder de que al pronunciar sus palabras, la tristeza se transforma en felicidad, la oscuridad en luz, el llanto en risa, el trabajo en juego, la violencia en amor y la discriminación en solidaridad. “¡¡¡¡Por favor, guardarme el secreto y no se lo contéis a los mayores!!!!”.

GRRA...

ENTRE LETRAS ANDA EL JUEGO

Derecho a la No Discriminación.

Isaac Ravetllat Balleste.

Subdirector del Centro de Estudios sobre Derechos de la Infancia y la Adolescencia de la Universidad de Talca (CEDIA) . Secretario General de la Asociación para la Defensa de los Derechos de la Infancia y la Adolescencia (ADDIA).

-“¿Dónde vas? ¿Eres nueva aquí, cierto?”-.

La pregunta de siempre, con el tono burlón de siempre y el efecto devastador sobre su frágil confianza de casi siempre. Ella bajó los ojos y sin mirar atrás, lanzó un lacónico -“Sí”-, y prosiguió su camino, inmersa en un profundo y oscuro silencio.

Había llegado a un nuevo país y todo le parecía extraño. Se sentía diferente y percibía en la cara de los demás, signos evidentes de rechazo y malestar. Ni una sola palabra amable, ni una simple mirada cómplice, qué decir de un cálido y sutil gesto con el que poder alimentar su maltrecha alma por unos breves y misericordiosos segundos de tregua.

-“¡Dolía tanto!”-.

Pero era en ese preciso instante, cuando la penumbra parecía invadirlo todo, cuando todo se desmoronaba a su alrededor, cuando el mundo, una vez más, se empeñaba en darle la espalda, justo entonces, una aurea de luz cegadora brotaba fuerte, limpia y pura desde lo más recóndito de su todavía joven corazón. Era como si un ángel protector, el hada madrina que a todos nos guarda, se resistiera a abandonarla a su suerte, a que su historia terminara allí entre soledad, llantos y tristeza.



-“¡Sí!, ¡No podía evitar pensar en mamá!”-.

Su madre era el ser más especial a la par que misterioso que jamás había conocido. El simple recuerdo de su tez sonriente provocaba en ella un efecto sanador, mágico e incluso liberador. Cientos de recuerdos de su más tierna infancia, moradores habituales de las lejanas tierras del olvido, iniciaban ahora el camino de regreso a casa y se agolpaban a las puertas de su todavía dúctil memoria; tiempos de luz, de alegría, de paz y por qué no decirlo de felicidad. ¡Qué lejos quedaba todo aquello!

Y de entre todas esas memorias y vivencias del pasado había una, tan solo una, que brillaba con luz propia muy por encima de todas las demás. Era la imagen de mamá, recostada al borde de su cama, susurrándole al oído, luna tras luna, lo especial que su pequeña iba a ser. -“¡Sé fuerte mi cosa linda!”-, le decía ella con voz tenue, mientras la acunaba en espera de que Morfeo acudiera fiel a su cita de todas las noches. -“¡No permitas que nada ni nadie te hagan cambiar! ¡Tu destino está escrito en letras de oro, confía en mí!”-.

Esas últimas palabras, pronunciadas en un tono suave, casi imperceptible, la acompañaban cual canción de cuna hasta el maravilloso mundo de los sueños, donde se sentía libre, jovial, capaz de todo.

El reloj dio las siete, hora de cerrar la biblioteca. El estridente y molesto zumbido de la alarma, aviso inconfundible de que el día había llegado a su fin, hizo acto de presencia. Ese perturbador sonido la despertó abruptamente de su estado de semiinconsciencia, regresándola de nuevo al mundo de las sombras en que se encontraba instalada, lejos del manto protector de su imaginación.

-“¡Apreciados lectores, en diez minutos las puertas de la biblioteca serán cerradas, rogamos depositen sus libros en los carritos de madera y sean tan amables de abandonar el edificio. Les esperamos nuevamente mañana!”-, irrumpió una vocecita dubitativa a través del servicio de megafonía.

Pero, -“¿Cómo?”- se preguntaba ella, ajena a todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor y atrapada todavía por el recuerdo de las palabras pronunciadas por su madre. Si siempre era la última en todo, nunca nadie se acordaba de ella y su papel era totalmente secundario, anecdótico si se quiere. Había vagado de biblioteca en biblioteca, sin rumbo fijo y jamás había recibido ni pizca del reconocimiento del que su añorada madre tanto le habló.

-“¿Por qué tenía que ser precisamente la “Z”? ¿Por qué esa letra del abecedario y no cualquier otra?”-. Su amiga la “A”, sin ir más lejos, siempre andaba tan contenta. -“¡Toma ejemplo de ella!”-, le decían en la escuela, -“¡Siempre es la primera en todo y se lleva tan bien con sus compañeras las consonantes. Tú en cambio, te ves tan sola y sales tan poco, que las palabras casi ni se acuerdan de ti!”-.

El pasado carnaval nuestra amiga “Z” se permitió la licencia de disfrazarse de “S” y lo pasó genial. Había sido la reina de la fiesta, incluso le concedieron el premio al vestido más original. -“¡Qué guapa iba!, Cómo había triunfado!”-. Pero fue algo efímero, tan sólo duró unas pocas horas y al llegar a casa y despojarse de sus vestiduras, volvió a ser ella, simple y llanamente ella; tres líneas entrecruzadas, superpuestas unas con otras, que recordaban la rígida estructura de unas viejas escuadras de madera olvidadas por algún niño, en el frío pupitre de la escuela donde había crecido.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, -“¡No es justo!”-, pensó hacia sus adentros, -“¡Ojalá que el abecedario terminara en la “Y”!”-. A ella, siempre tan erguida y orgullosa, parece importarle bien poco el estar siempre a la cola del abecedario. -“¡No es justo!”-.

Lejos, de pie en una de las estanterías de la sección infantil y contemplando cada noche, el cansino desfile de los últimos lectores ávidos de nuevas aventuras, se encontraba la postrera de las vocales, la letra “U”.

Con su barriga curveada y su carácter risueño se había convertido en la fiel escudera, en la úuuuuuunica amiga, como ella solía bromear, que “Z” tenía. Nuestra amiga la vocal estaba tan preocupada por su inseparable “Z” que decidió organizarle una fiesta sorpresa. Invitaría a todas las letras y símbolos que cierran los abecedarios de todo el mundo y, así, su admirada “Z” recuperaría la alegría de vivir y con ello de formar palabras.



Llamó a “Omega”, que por aquellos entonces se encontraba muy atareada redefiniendo cuál era su rol en la nueva sociedad digital. Contactó también con “Tav”, la vigésimo séptima letra del alfabeto hebreo, símbolo de la perfección y la verdad, quien aceptó encantada la invitación ya que andaba medio peleada con su enamorada la vecina letra “Shin” y necesitaba oxigenar su mente. No se olvidó tampoco del último de los símbolos chinos, quien casualmente se encontraba de intercambio académico en la biblioteca central y que con su característico saludo reverencial y su sonrisa cegadora se apuntó, sin dudar, a la lista de invitados.

Los días pasaron a la velocidad de la luz y los -“¡Sí!”, allí estaré!”-, -“¡Yes, I will be there!”-, -“¡Gui, Je seré ici”-, fueron llegando uno tras otro desde todos los rincones del mundo literario. Nadie quería perderse la “noche de Z”. Incluso, la letra “Ñ”, tan divertida como siempre, había decidido acudir al evento haciendo el pino, transformándose de esta manera en una graciosa y bigotuda letra “Z”.

El gran día llegó, “Z” no tenía ni la más remota idea de lo que aquella noche le aguardaba. ¡¡¡¡Todo estaba listo!!!! Y lo más importante, todas las letras habían guardado plena discreción, incluido el vigésimo octavo signo del arameo imperial, a quien precedía la fama de ser muy pero que muy chismoso. Las malas lenguas contaban que hacía escasamente un par de años, a las vísperas del VI Congreso Mundial de Alfabetos y Transcripciones Fonéticas, que en aquella ocasión se había celebrado en Teherán, desveló sin el menor miramiento, y lo que es peor en un programa de máxima audiencia televisiva “Cifras y letras”, el nombre de la grafía nominada al “2012 World Letters Awards”, circunstancia ésta que desembocó en un escándalo mediático de grandes proporciones.

El lugar elegido fue el zócalo central de la sección infantil de la biblioteca nacional, justo en el espacio reservado a los “cuentos y leyendas del mundo”, más concretamente entre los relatos del “Zapatero a tus zapatos” y la “Zorra y el Cuervo”, los dos favoritos de la homenajeada de la noche. La hora, las 20:00.

La excusa, ordenar las últimas adquisiciones arribadas desde librerías juveniles de exóticos países. “U” sabía cómo convencer a su amiga y estaba completamente segura de que no podría resistirse a esa tentación.

Luces apagadas, silencio sepulcral en la sala Eglantyne Jebb, inaugurada recientemente como nuevo espacio de lectura infantil y juvenil de la biblioteca central, momento de paz únicamente roto por el “ding” “ding” “ding”, hasta en ocho ocasiones, proveniente de un viejo reloj de pared que presidía, majestuoso, el espacio donde escasas horas antes un grupo de chiquillos soñaban despiertos estar sobre la cubierta del barco pirata del Capitán Garfio, combatiendo a ese malvado y maloliente villano junto al intrépido “niño de niños”, más conocido como Peter Pan y a la dulce hada Campanilla.

¡De repente!, tras el clic del interruptor que iluminaba por completo la sala en la que “U” y “Z” se disponían a entrar, portando animosamente un sin fin de nuevos cuentos y relatos, unos segundos de paz, yyyyyy...

-“¡ZZZorpreZZZZa!”-, mal pronunciaron con gran júbilo y estrépito las más de ciento cincuenta grafías allí congregadas.

Tras la sorpresa inicial, con “Z” aún recuperándose de tan tremenda emoción, y antes de comenzar el baile pues a las letras les encanta mover el esqueleto, “U”, quien sino, fue la encargada de leer un mensaje especialmente redactado para la ocasión:

-“Estimada “Z”, hace sólo unos meses que llegaste a nuestras vidas proveniente de unas tierras muy, muy lejanas; sé que te has sentido diferente, afligida y olvidada, pero eso ya pasó, créeme. Ahora eres parte de nuestro mundo, no perfecto lo sé, pero nuestro. Todos y todas somos, y no olvides nunca esto, de alguna forma u otra especiales; lo distinto es mágico, divertido, fascinante y lleno de color. Mira sino la “v”, que a pesar de ser tan bajita no siente complejo alguno frente a la atlética y fornida “b”, y es más porque son permanentemente confundidas en los mensajes de whatsapp. O la “h” que siempre se ubica donde no la llaman por un excesivo afán de protagonismo, pero que es querida tal y como es.

E incluso la “o” que, a pesar de sus quilitos de más cuenta con un swing a la hora de bailar que ya querrían para sí las esbeltas “l” e “i”. Por último, si me apuras, que decir de nuestros colegas los símbolos ortográficos: los acentos, las comas, los puntos; que han pasado a mejor vida hace ya unos cuantos años, pero que los recordamos con gran cariño y estima. Tú eres, en realidad, una afortunada, así que borra la tristeza de tu rostro y que ¡EMPIECE LA FIESTA!”-.

Y diciéndole eso, entre vítores y aplausos, le regalaron un gorro del zorro, el personaje favorito de nuestra amiga “Z”.

Desde aquel día, “Z”, pasó a sentirse la letra más especial de toda la biblioteca y alcanzó un estado parecido al de la felicidad absoluta, aquél del que su madre tanto le había hablado.



Se imaginó un mundo donde todas las vocales y consonantes sonaran y se escribieran igual, tuvieran la misma forma, el mismo origen, tamaño y complexión. Qué monoorde y aburrido sería todo, nadie querría ya formar palabras para comunicarse y, mirando a su alrededor, pensó para sus adentros... –“¡Qué bonito es vivir!”-.



MUÑECAS DE PAPEL Y BARCOS DE TRAPO



Principio del Interés Superior del Niño.

Carlos Villagrasa Alcaide.

Profesor Titular de Derecho Civil de la Universidad de Barcelona y
Presidente de la Asociación para la Defensa de los Derechos de la Infancia
y la Adolescencia (ADDIA).



Martata era una niña con un largo cabello, rubio, rizado, linda, alegre y muy estudiosa. Cuando se imaginaba de mayor le gustaba pensar que sería doctora para poder curar a las personas que estuviesen enfermas.

Bueno, realmente lo que desearía ser es una sirena, y nadar por el fondo de los mares, viendo estrellitas, caballitos de mar, corales y saludando a todos los peces de colores.

Lo cierto es que lo que más, lo que más, desearía es ser una sirena doctora, así curar a los pececitos que tuviesen cualquier dolencia, para que estuvieran sanos y felices con sus familias.

Por eso, Martata va feliz a la escuela, cada mañana, de la mano de su papá, quien es muy importante porque es mediador y ayuda a que las personas que tienen problemas, puedan hablar y hacerse amigos de nuevo. Martata sabe que para ser doctora tiene que estudiar mucho y ser aplicada, porque así lo aprenderá todo.

Un día que Martata iba un poco distraída por la calle, volviendo de la escuela, se tropezó con una piedra y le salió un poquito de sangre en una rodilla. Aunque no le dolía mucho, se asustó y empezó a llorar.

Entonces apareció un niño, al que había visto por allí varias veces, con un pañuelo, para ayudarle a limpiar su herida.

El niño iba un poquito sucio y muy mal vestido, aunque tenía una bonita sonrisa. Era muy lindo y muy amable. La calmó, cantándole una canción mientras le ayudaba a levantarse y le decía:

- “No te preocupes, esto no es nada”-.

Martata lo miró fijamente y le dio las gracias, mientras le preguntaba con curiosidad:

- “¿Cómo te llamas?”-.

El niño respondió:

- “Me llamo Isaquito y siempre te veo feliz yendo a la escuela”-.

Martata comenzó a reírse, le parecía un nombre muy raro y a la vez divertido.

- “¿Y tú? ¿Cómo te llamas?”-, le dijo Isaquito.

- “Yo me llamo Martata”-.

- “¿Martata? ¿Qué nombre tan raro?”-.

- “Jajajaja-”. Ambos se pusieron a reír a carcajadas. Los dos tenían unos nombres muy divertidos.

Isaquito le explicó, entonces, a Martata que él no tenía papá y que su mamá no tenía trabajo. Por eso, él siempre estaba en la calle y allí vendía lo que podía, transformando las cosas que la gente tiraba.

- “Entonces, ¿No vas a la escuela?”-, le preguntó Martata.

- “Sí, claro que voy”, contestó. “Me gusta mucho ir a la escuela. También voy muy contento, como tú. Yo quiero ser jardinero porque me gusta mucho la naturaleza”-.

- “¿Quieres que te enseñe un sitio mágico?”-, le dijo Isaquito a Martata.

- “Claro que sí”-, contestó Martata, -“Me encantaría”-.

Entonces, Isaquito llevó a Martata a un lugar cercano donde había muchas cosas que la gente tiraba. Cosas que nadie necesitaba ya. Allí había muñecas rotas, pelotas deshinchadas y muchos juguetes estropeados. Isaquito tenía mucha habilidad montando nuevos juguetes, uniendo las piezas de unos y de otros.





- “Te lo regalo. Es un barco espacial que vuela por el universo y va de planeta en planeta, contigo dentro. ¿Te gusta?”-.

- “Muchísimo” -le dijo Martata- “Qué bonito. Eres muy amable, y muy simpático. ¿Te puedo contar algo?”-, le preguntó a Isaquito en voz baja.

- “Por supuesto, dime”-, le contestó Isaquito con cara de curiosidad.

- “Yo no tengo olfato. No puedo oler nada desde que nací, por eso no sé si aquí huele bien o huele mal. Tengo algo que se llama anosmia”-.



- “¿A.....qué?”-, le preguntó sorprendido Isaquito.

- “Anosmia. Hay algunas personas que no perciben los olores, a veces por un accidente, y otras veces desde el nacimiento como es mi caso”-.

Isaquito no había oído nunca algo así, pero en ese momento se le ocurrió decirle:



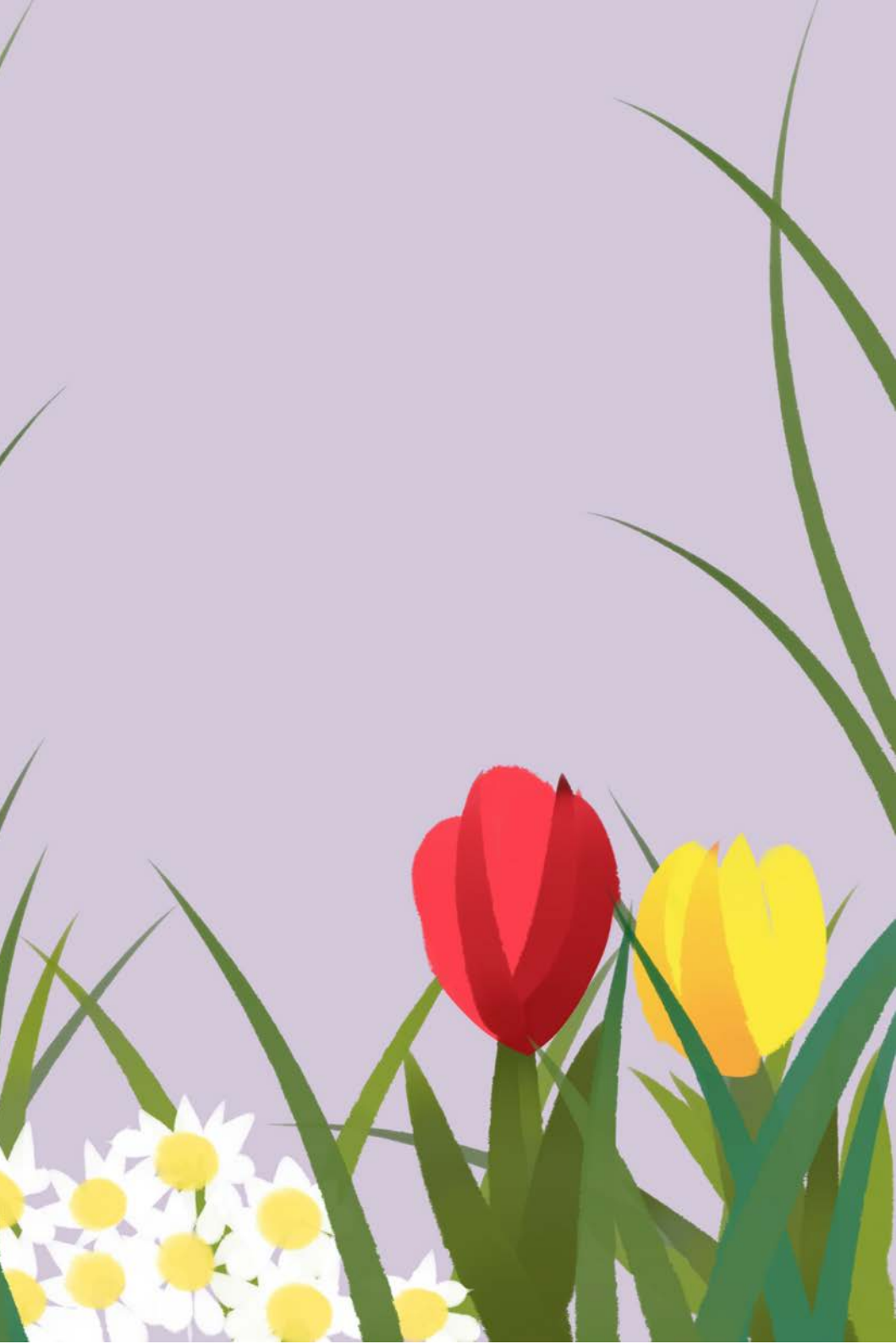
- “Bueno, es una suerte porque así no te molesta el mal olor que hace aquí tanta basura”-.

- “Jajaja, es verdad”-, dijo Martata, -“Aunque tampoco puedo oler las flores, ni los perfumes. Pensaba decírtelo cuando me contaste que querías ser jardinero porque me han dicho que las flores tienen muy buen olor”-.

En ese momento, pasó por allí la señora Adefesia, una vecina del papá de Martata, bastante maleducada, y agarrándole fuertemente del brazo, le dijo:

- “¿Qué haces aquí, niña? No tienes que relacionarte con este niño tan sucio de la calle, ahora mismo te llevo con tu papá”-.





Mientras, la arrastraba hacia su casa. Martata no quería irse e Isaquito la miraba con tristeza cómo se alejaba. Se sintió de nuevo rechazado, como muchas veces que los adultos lo miraban con desagrado.



Cuando llegó a su casa, la señora Adefesia le explicó al papá de Martata que la había visto con el niño sucio de la calle, y aunque Martata intentaba convencer a su papá de que Isaquito era muy buen niño, que la había ayudado a curar su herida y que le había regalado un barquito de tela con una muñeca de papel, su papá estaba enfurecido, prohibiéndole expresamente y muy serio que volviera a hablar con ese niño de la calle.



Martata trató de explicar a su papá que Isaquito era como un super héroe, que transformaba las cosas inservibles en preciosos objetos renovados. Pero su papá no la escuchaba y repetía una y otra vez que no quería que jugara con él nunca más, que era peligroso.

Unos días después, en la escuela, la profesora les habló a todos los alumnos sobre los derechos de la infancia y les dijo que su opinión era importante, que tenían derecho a ser oídos y que podían defenderse frente a todo aquello que pudiera perjudicarles, que alzaran su voz.

Mientras la profesora hablaba, Martata pensaba en Isaquito. Ella quería ser su amiga. Fue muy alegre su encuentro de aquella tarde y no había razones para impedir que pudieran seguir jugando, así que se decidió a “alzar su voz” como había explicado la profesora, ser valiente y hablar nuevamente con su papá.

Y así lo hizo. Esa misma tarde Martata aguardó a que su papá regresara a casa y una vez allí, le explicó, una vez más, lo bien que ella e Isaquito lo habían pasado. Mientras hablaba, tenía entre sus manos el barquito de tela con la muñeca de papel que Isaquito le había regalado y lo miraba sonriente.

En ese mismo instante, sonó el timbre de la puerta y al abrirla, allí de pie estaba Isaquito, quien sacó de su bolsillo unos trozos de madera y se los dio a un sorprendido papá de Martata y le dijo:

- “Buenos tardes Señor. Mire, yo quiero ser amigo de su hija para poder jugar, cantar, dibujar y explicarle a qué huelen las flores. Aquí tiene unas rosas de madera y unos peces que he tallado en un palo de escoba que encontré y me gustaría regalárselas”-.

Realmente las flores y los peces estaban muy bien hechos y pintados de vivos colores. El papá de Martata se emocionó porque, ciertamente, las rosas eran sus flores preferidas y vio que Isaquito las había hecho, expresamente, para él con sus propias manos.

- “No sé qué decirte”, respondió el papá de Martata. “Yo no sabía que eras un niño tan bueno. Yo pensaba que al estar por la calle eras malo para mi hija. Reconozco que a menudo tenemos prejuicios por el aspecto de las personas, pensando que no son buenas, pero realmente no tengo ninguna razón para desconfiar de ti”-.

Martata entonces dio un paso al frente y, repentinamente, dijo:

- “Papá. Ningún niño o niña es malo. Todos tenemos una vida diferente. Yo no puedo oler las flores y mi amigo necesita vender cosas por la calle para poder mantener a su mamá. Lo importante es que podamos seguir estudiando y jugando para ser felices, ahora y cuando seamos más mayores”-.

Entonces, el papá de Martata, reconoció que tanto su hija como Isaquito podían ser grandes amigos porque se querían mucho y realmente no había razones para impedirselo. Pensó que la mejor forma de demostrarle a Martata que la quería mucho era procurando que su amiguito pudiese ir también a la misma escuela, incluso se preocupó por que su mamá pudiese trabajar.

Desde ese día en adelante, ambos se convirtieron en dos amigos inseparables. Martata llegó a ser una gran veterinaria de animales e Isaquito abrió una tienda de venta de juguetes que él mismo fabrica. Y lo más importante de todo es que, todas las tardes, se ven en el parque e Isaquito le sigue contando a Martata a qué huelen todas y cada una de las flores.



EL TALLO ERA VERDE

Derecho a la vida, a la supervivencia y al desarrollo.

Carolina Garrido Acevedo.

Jueza Titular del Juzgado Oral en Lo Penal de Rancagua.



El tallo era verde claro, casi transparente. Enroscado sobre sí mismo parecía desear estirarse, querer abrir sus brazos y levantarlos hasta tocar el cielo como cuando despertamos de un largo sueño. Esa pequeña planta era su única compañía.

A veces se sentía tan sola en su habitación, sus compañeros cada vez venían menos a visitarla. Al principio estaba siempre acompañada, le traían las tareas, le contaban qué pasaba en el colegio y hasta la envidiaban. Ella podía estar acostada todo el día, ver televisión el tiempo que quisiera, su papá siempre le traía regalos y nunca se enojaba con ella.

-“¿Habrá alguien que siga pensando así?”-.

Ya pasaron más de dos meses desde que enfermó, primero los exámenes, luego los doctores y los hospitales. Afortunadamente pudo volver a casa, pero nadie le ha dicho cuándo podrá volver al colegio.

Qué raro querer volver al colegio, anhelar levantarse temprano, hacer tareas, estudiar, tener pruebas, ver a la profesora de matemáticas.

Pensaba en eso cuando escuchó que abrían la puerta de entrada, luego la voz de su papá saludando a alguien, también la de Pedro y Carmen devolviendo el saludo.

-“Tienes visitas”-, le dijo su papá desde la puerta, mientras entraban sus dos amigos.

-“Te traemos las tareas de la semana pasada y los libros para que puedas estudiar”-, dijeron al unísono.

Laura se alegró mucho. Hacía ya una semana que no veía a nadie de su edad, quería hablar, saber lo que pasaba en el colegio, cómo estaban los demás, hasta la materia que estaban pasando era algo que le interesaba. Además Carmen era una de sus mejores amigas y Pedro le caía muy bien.



-“También te hemos traído esto”-, dijo Pedro y extendió su mano con un sobre pequeño.

-“¿Qué es?”-, preguntó Laura.

-“Unas semillas que tendrás que plantar y cuidar hasta fin de año. Todos debemos hacer lo mismo, después en la última clase de Naturaleza debemos llevarlas en una maceta y mostrar lo que han crecido al resto del curso. Cada uno tiene una planta diferente. Debes averiguar qué cuidado necesita y anotar su crecimiento en una libreta. Esa será la nota final del curso”-.

-“Si se te muere la planta vas a repetir el curso y si crece tan poco como esa que tienes en tu velador, seguro te ponen un 4”-, dijo Carmen.

-“No creo que sea para tanto”-, opinó Pedro.

-“¿Pero yo? ¿Para qué quiero la planta?”-, dijo Laura.

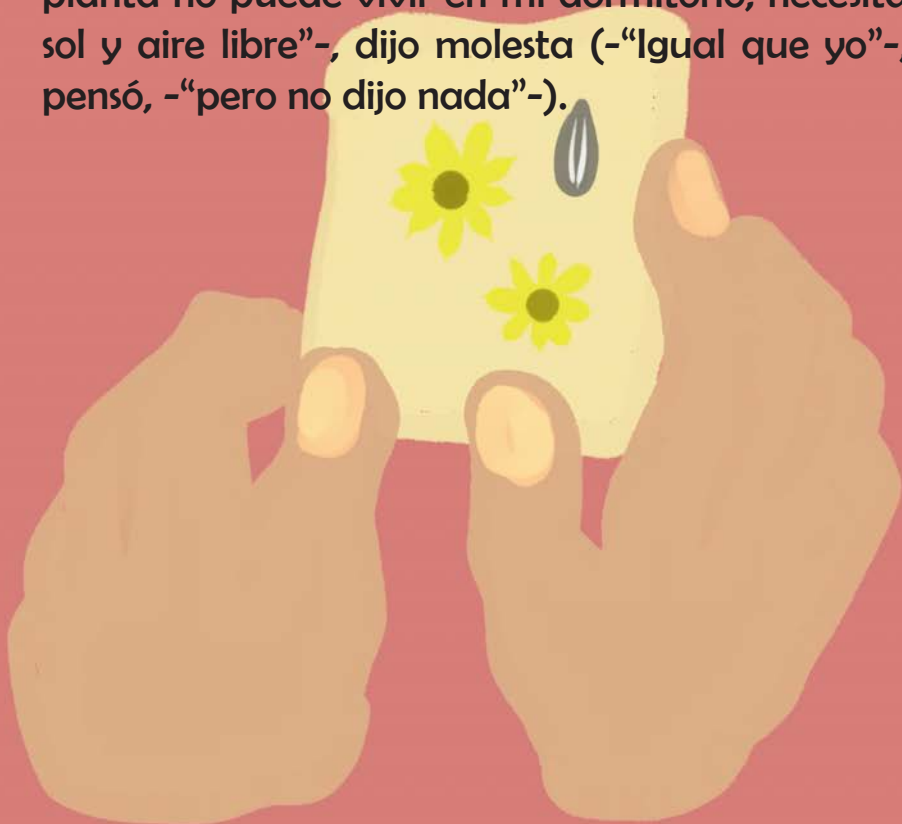
-“La profesora cree que puedes volver antes de terminar el año”-, afirmó Carmen para darle ánimo a su amiga que se había quedado con la cara triste.

Cuando sus amigos se fueron, miró el sobre. Decía “Girasol”. Le pidió a su papá que le pusiera tierra a un macetero y se lo trajera para enterrar las semillas, ella misma.

-“¿Qué cuidados especiales podía tener una simple planta?”-, se preguntó. Buscó en el computador. Debía regarla bastante seguido y tenía que dejarla al sol, ojalá en el exterior. No podría tenerla en su pieza. ¿Pero ella no podía salir? ¿Qué haría? De nuevo se entristeció. -“Para qué me preocupo tanto”-, pensó, -“si no voy a volver al colegio antes de fin de año”-.

-“Su papá llegó con la maceta”.

-“No creo que la necesite”-, dijo Laura. -“Esa planta no puede vivir en mi dormitorio, necesita sol y aire libre”-, dijo molesta (-“Igual que yo”-, pensó, -“pero no dijo nada”-).



Su papá notó que la molestia de su voz era en realidad tristeza mal disimulada, así que para animarla le dijo que plantara las semillas y que podían poner la maceta bajo su ventana, así ella podía observar como crecía.

-“Pero no solo tengo que mirarla, tengo que cuidarla yo, esa es la tarea que nos dieron, no vale que sólo la mire y que tú hagas todo”-, dijo Laura, mientras en sus ojos se asomaba un diluvio.

-“Entonces, ahora que está dejando de hacer frío, quizá te gustaría salir a regarla tú misma”-, propuso su papá.

En el mismo instante en que oyó la palabra salir, su cara cambió. Sus ojos se agrandaron, el diluvio se detuvo, sus cejas se arquearon y su boca dibujó una sonrisa, que Laura, aún incrédula de lo que escuchaba, trató de contener.

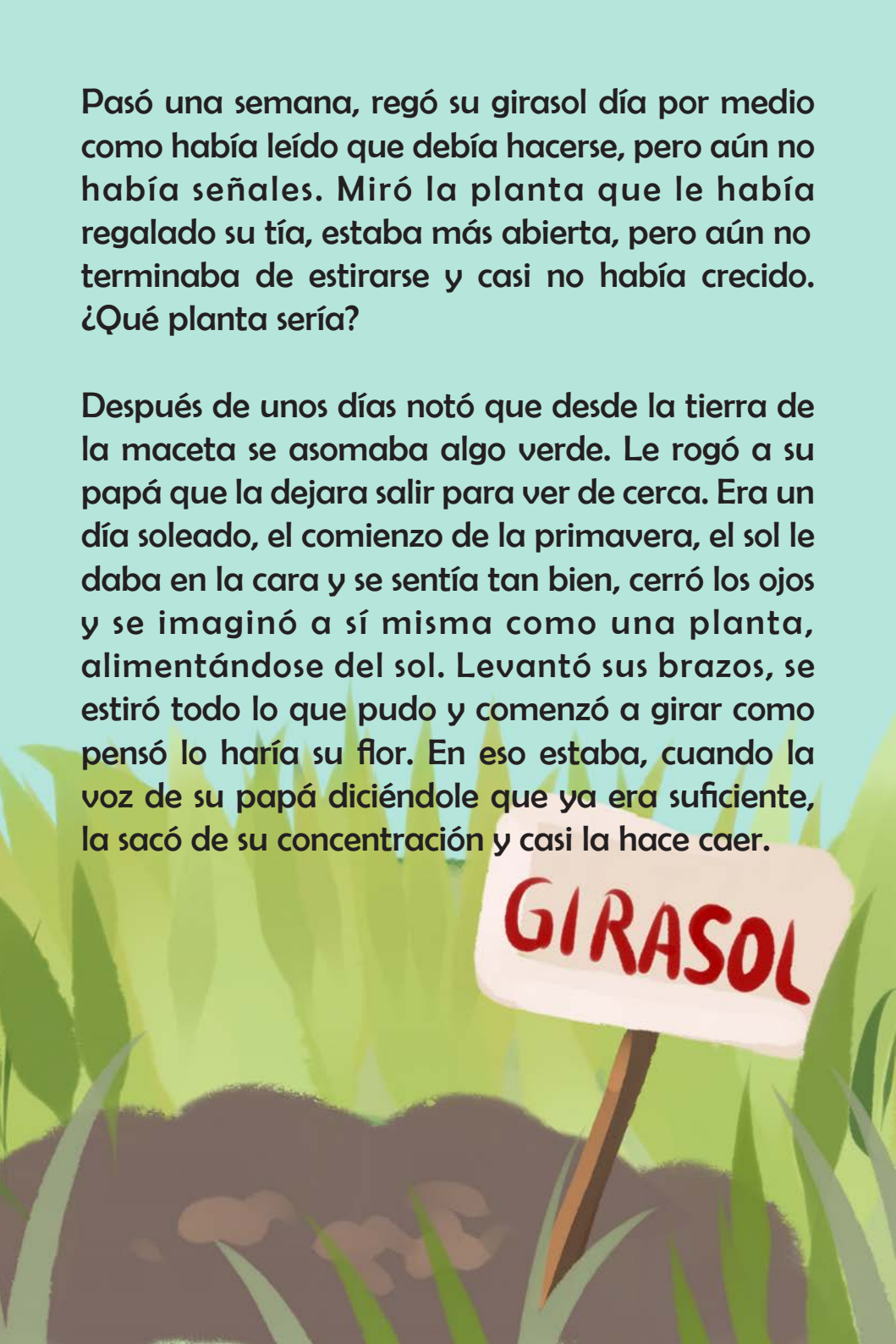
-“¿De verdad ya puedo salir?”-, preguntó.

-“De verdad”-, dijo su papá, -“Pero por ahora solo los días en que no haga frío y solo a regar la planta”-.

Eso era suficiente por ahora. Se puso manos a la obra, enterró las semillas, regó la maceta y con la letra más bonita que pudo hacer, escribió GIRASOL en un papel.

Pasó una semana, regó su girasol día por medio como había leído que debía hacerse, pero aún no había señales. Miró la planta que le había regalado su tía, estaba más abierta, pero aún no terminaba de estirarse y casi no había crecido. ¿Qué planta sería?

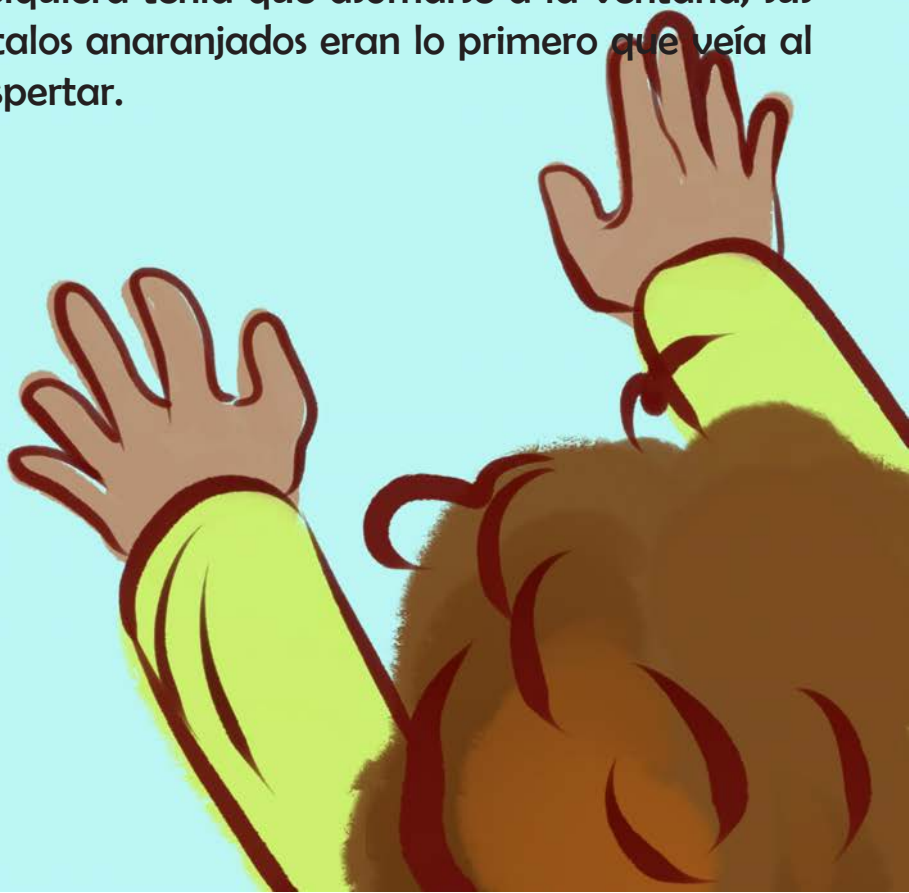
Después de unos días notó que desde la tierra de la maceta se asomaba algo verde. Le rogó a su papá que la dejara salir para ver de cerca. Era un día soleado, el comienzo de la primavera, el sol le daba en la cara y se sentía tan bien, cerró los ojos y se imaginó a sí misma como una planta, alimentándose del sol. Levantó sus brazos, se estiró todo lo que pudo y comenzó a girar como pensó lo haría su flor. En eso estaba, cuando la voz de su papá diciéndole que ya era suficiente, la sacó de su concentración y casi la hace caer.



GIRASOL

Su girasol siguió creciendo, primero estaba enroscado sobre sí mismo igual que la planta de su habitación, pero luego comenzó a estirarse cada vez más, hasta que se pudo ver la flor. Por el contrario, la otra planta dejó de crecer y ahora se estaba secando. Una mañana amaneció lánguida sobre la tierra y ya no volvió a erguirse, por más que la regó, le habló y la puso al sol, la planta finalmente murió.

Al mismo tiempo, su girasol crecía y crecía, ya ni siquiera tenía que asomarse a la ventana, sus pétalos anaranjados eran lo primero que veía al despertar.



Como el tiempo Laura mejoró, ya podía salir todos los días al jardín a observar su planta, escribía en la libreta sus avances y pensaba también en los suyos. Parece que se parecía a las plantas, desde que la dejaron salir de su habitación se sentía más animada, con más energía, se miraba al espejo y su cara ya no tenía ese color entre amarillo y verde que tomó cuando comenzó a enfermar. Tenía una hepatitis que se complicó, eso escuchó. Ahora ese color se había ido y lo que comía tenía sabor, quizá su recuperación estaba cerca. Lo único que quería era poder volver al colegio antes de que terminaran las clases para poder mostrar su girasol.

Estaba pensando en eso cuando escuchó unos golpecillos en la puerta de su habitación. Era su tía.

- “¡Qué lindo está el Girasol!, no creí que pudiera crecer tanto. Cuando la compré me dijeron que era un girasol enano”-, dijo su tía.

Aún confundida con lo que acababa de escuchar, Laura le aclaró que esa no era la planta que ella le había regalado.

- “¿Y qué pasó con la que yo te regalé?”-, preguntó la tía.



Tuvo un primer impulso de mentir, para que su tía no fuera a creer que no agradecía el regalo, pero cedió a esa tentación y le dijo la verdad. -“Murió”-, contestó. -“Pero no fue mi culpa”-, afirmó enseguida. -“La cuide, la regué y la puse junto a mí en el velador. Incluso le hablé a diario (una pequeña mentira, porque la única vez que le habló fue cuando ya estaba casi seca)”-.

-“Qué lástima”-, dijo la tía, -“pero no te preocupes”-. Había percibido la incomodidad de Laura y no quería que se sintiera culpable.



Laura no pudo olvidar lo de la planta. Era su culpa, con un poco de cuidado podría haberse salvado. Pero cuando la recibió le pareció un regalo aburrido, pensaba que todas las plantas eran iguales, solo había que regarlas un poco y crecían solas. Ahora sabía que eso no era así, que las plantas eran como ella.

Finalmente pudo volver al colegio antes de que terminara el año y hacer su entrada triunfal con su girasol de grandes hojas verdes y pétalos anaranjados. Cada niño tenía una planta diferente, algunas con flor, otras sin flor, grandes, pequeñas, de un solo tallo y de muchos. Todas lindas y bien cuidadas como su girasol.

Cuando fue su turno, Laura comenzó a hablar del pistilo y el estambre como todos, porque era un trabajo de naturaleza y tenía nota. Luego, la profesora le preguntó qué había aprendido con el trabajo.

- “Que las plantas están vivas y se pueden morir”-, respondió Laura.
- “¿Pero no sabías eso antes Laurita?”-, preguntó la profesora.
- “Ahora creo que las plantas son como yo, como nosotros”-, rectificó. -“Son todas distintas”-.

- “Y necesitan mucho más que agua para vivir y crecer”-, agregó Santiago.

- “Es cierto”-, dijo Laura. -“Cuando estuve enferma, mi papá me cuidó y me dio remedios para que sanara y por eso me recuperé. Yo en cambio tuve otra planta igual a mi girasol, a la que solo le di agua. La planta nació, pero se murió, porque también necesitaba sol y aire”-.

- “Y hay otras plantas que casi no necesitan agua”-, dijo Julia, mostrando orgullosa su cactus.

- “Y plantas que crecen sobre las rocas de los cerros, como mi zapatito”-, dijo Miguel, que sostenía una planta con decenas de flores amarillas que parecían diminutos zapatos.

- “Y árboles a los que la gente no quiere acercarse, porque cree que le haran daño, como mi litre”-, dijo Sandra que sólo tenía un pequeño palo sin hojas.

- “Y árboles que no son árboles, sino pastos, como la Palma”-, dijo la profesora, -“Y tienen un tronco de fibra en vez de madera, pero que son gigantes”-.

Todos querían hablar de lo especiales que eran sus plantas, de los cuidados que les habían dado, de lo lindas y grandes que habían crecido, de lo que se parecían a ellos mismos.

Fue una clase magnífica, Laura y sus compañeros la recuerdan hasta hoy, aunque hayan olvidado en que se diferencian los pistilos de los estambres.

-“¿Y tú?, ¿Qué planta eres?”-.



A OÍR TAMBIÉN SE APRENDE

Derecho del niño a ser escuchado.

María Olga Troncoso Vergara.

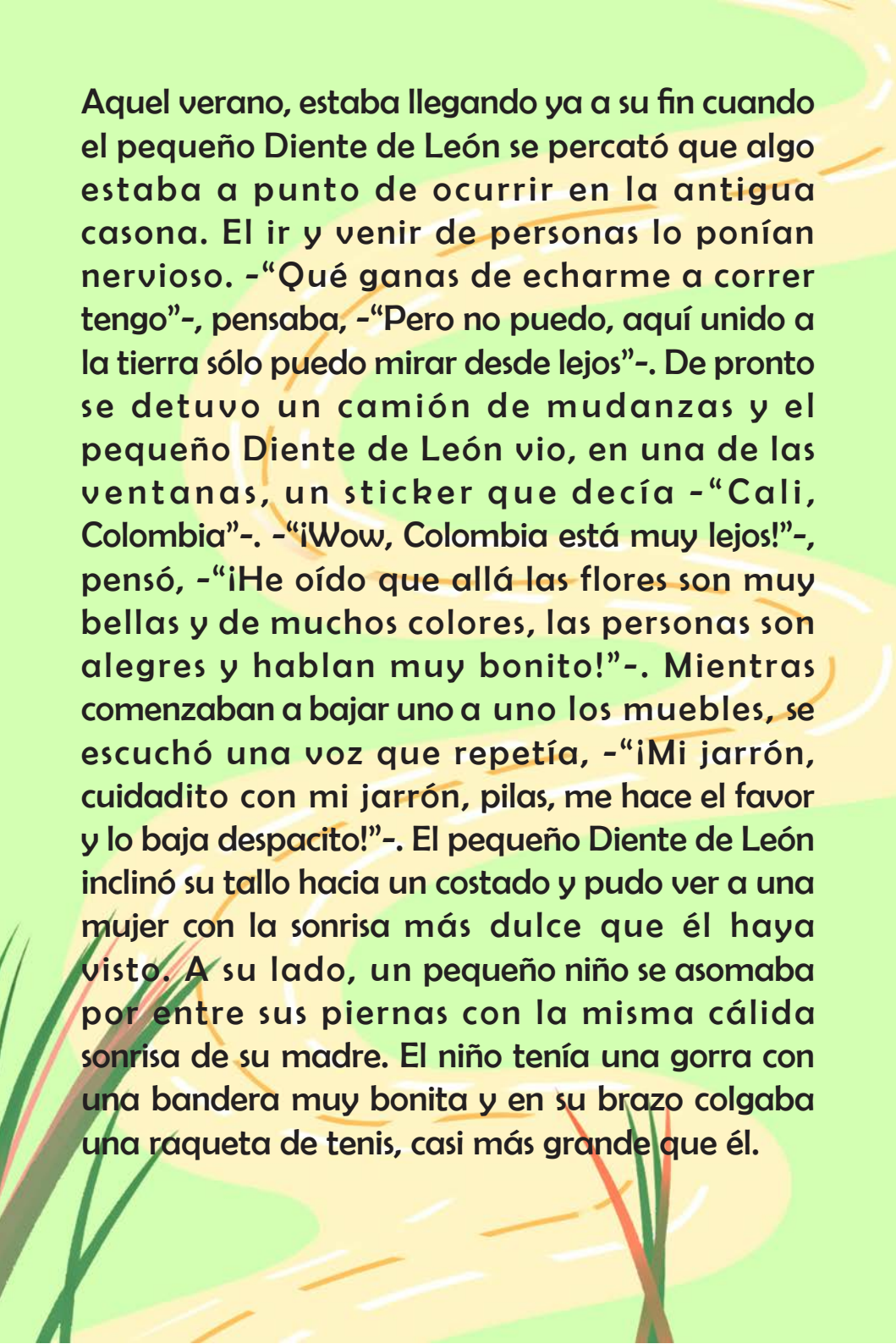
Jueza Titular del Juzgado de Familia de San Antonio.



Qué bien había estado ese verano. El sol había brillado con toda su fuerza, pero el roble se encargó de templarlo, brindando su sombra a todas las plantas del jardín, entre ellas una familia de Dientes de León que rodeaba toda la casa. Los Dientes de León suelen ser frágiles y sentimentales, pero el más pequeño de la familia no lo era. Una pequeña semilla había transportado a su mamá hace ya mucho tiempo y como era tradición, cada primavera volaba para regar sus semillas a otro lejano jardín, colmándolo de belleza. El viaje debía ser tan tranquilo como te habías portado en tierra decían los mayores, pero el pequeño Diente de León no lo aceptaba. -“¿Por qué no puedo gritar cada vez que me pisan?”- rezongaba, -“Silencio, silencio, que nadie nos escucha, no nos entienden”, repetía mamá, “Debes portarte bien para que tus semillas crezcan fuertes y erguidas, así luego su viaje será provechoso”-.







Aquel verano, estaba llegando ya a su fin cuando el pequeño Diente de León se percató que algo estaba a punto de ocurrir en la antigua casona. El ir y venir de personas lo ponían nervioso. -“Qué ganas de echarme a correr tengo”-, pensaba, -“Pero no puedo, aquí unido a la tierra sólo puedo mirar desde lejos”-. De pronto se detuvo un camión de mudanzas y el pequeño Diente de León vio, en una de las ventanas, un sticker que decía -“Cali, Colombia”-. -“¡Wow, Colombia está muy lejos!”-, pensó, -“¡He oído que allá las flores son muy bellas y de muchos colores, las personas son alegres y hablan muy bonito!”-. Mientras comenzaban a bajar uno a uno los muebles, se escuchó una voz que repetía, -“¡Mi jarrón, cuidadito con mi jarrón, pilas, me hace el favor y lo baja despacito!”-. El pequeño Diente de León inclinó su tallo hacia un costado y pudo ver a una mujer con la sonrisa más dulce que él haya visto. A su lado, un pequeño niño se asomaba por entre sus piernas con la misma cálida sonrisa de su madre. El niño tenía una gorra con una bandera muy bonita y en su brazo colgaba una raqueta de tenis, casi más grande que él.



-“Mamá”-, gritó ansioso el pequeño Diente de León, -“Estaremos acompañados, ha llegado una nueva familia. De seguro nos vendrán a cuidar. Voy a enseñarle a aquel niño todo lo que sé, seremos grandes amigos”-, al decirlo su tallo se estremecía, por fin tendría un amigo.



La noche se había sentido más larga que nunca. Apenas comenzó la mañana, Diego bajó corriendo las escaleras y de un brinco se incorporó al jardín. -“Qué chevere lugar”-, pensó. -“Hay tanto que explorar y tanto espacio para practicar mi saque de tenis”-. Observó el paisaje y comenzó a correr por todo el lugar. -“Aquí viene, aquí viene”-, repetía el pequeño Diente de León, pero el niño no advirtió su presencia y siguió corriendo, dando brincos por todo el jardín, lanzando con su raqueta la pequeña pelota amarilla, gritando, -“¡Derecha!, ¡Revés!”-. Luego comenzó a cortar las flores una a una. -“¡Pero detente!, ¡Este es mi hogar!”- gritaba el Diente de León, -“¿Qué haces? ¿No me escuchas? ¡No nos cortes, no te acerques, nos haces daño!, ¿No me oyes?”-.





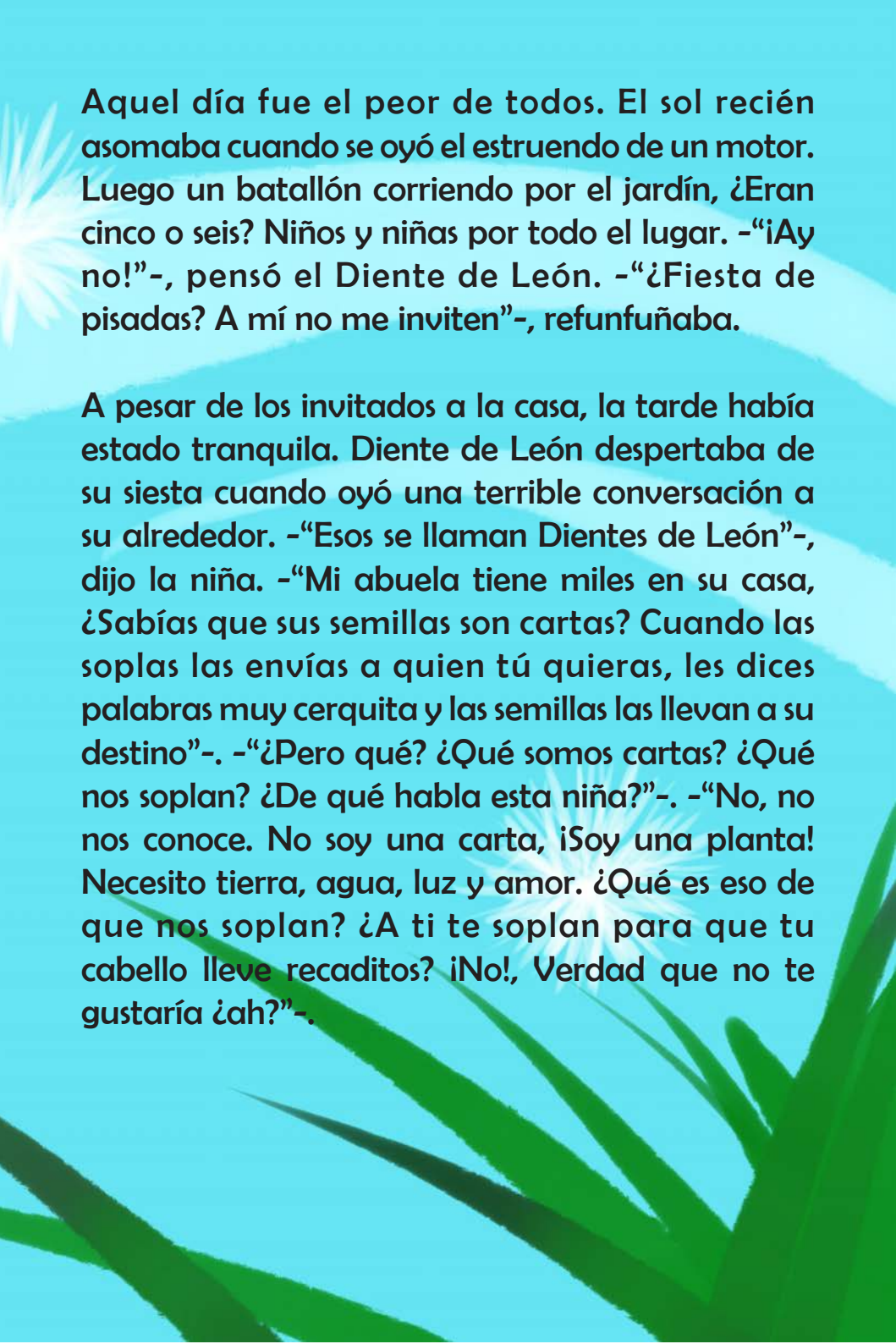
¿NO ME OYES?

Bastó sólo unos días para que Diego con curiosidad, se acercara al viejo roble e instalara un refugio allí. -“¡Aquí ya está ocupado!”-, rezongaba el Diente de León, -“¿Es que acaso no se irá?”-.



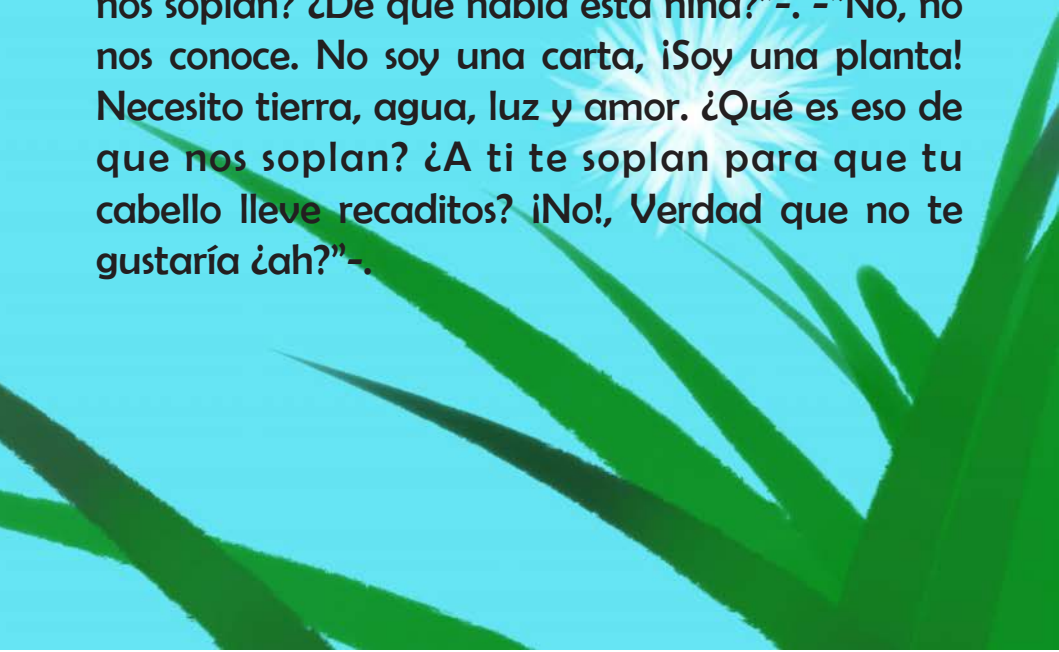
Como cada noche, las plantas antes de dormir, se tomaban un minuto para hablar con sus vecinas las hierbas. -“Y ahora, ¿Qué haremos? ¡Nos están cortando más rápido que nunca! ¿Quién queda?”-. -“¡Yo!”-, dijo la menta. -“¡Y yo!”-, señaló el bailahuén. -“¡Es que a ti nadie te lleva bailapuf!”-, que era como le decían, -“¡Es que tu olor...!”-. -“¡Si supieran los beneficios que tengo, seguro me valorarían más y olvidarían mi mal olor!, además cada vez que te duele el estómago me pides una hojita. ¡Así es que no te burles de mí! ¡Yo también sigo aquí!”-, dijo el boldo, -“Aunque me gustaría regalarle a ese niño al menos una de mis hojas, así me mezcla con agüita y se tranquiliza un rato”-. -“¡Basta de burlas!”-, dijo el Diente de León papá. -“El nuevo niño no nos respeta, no nos riega y nos corta sin remordimiento. Mantengámonos juntos y unidos, redoblemos esfuerzos para que nos vea y así nos comenzará a cuidar”-. El pequeño Diente de León que escuchó la conversación, pensó que era imposible que el niño los cuide si no los ve, ni los escucha, no hablan el mismo idioma y son tan pequeños para él, -“¡Pero yo no dejaré que me corte jamás, gritaré tan fuerte que esta vez ese niño me escuchará!”-, se prometió antes de dormir.





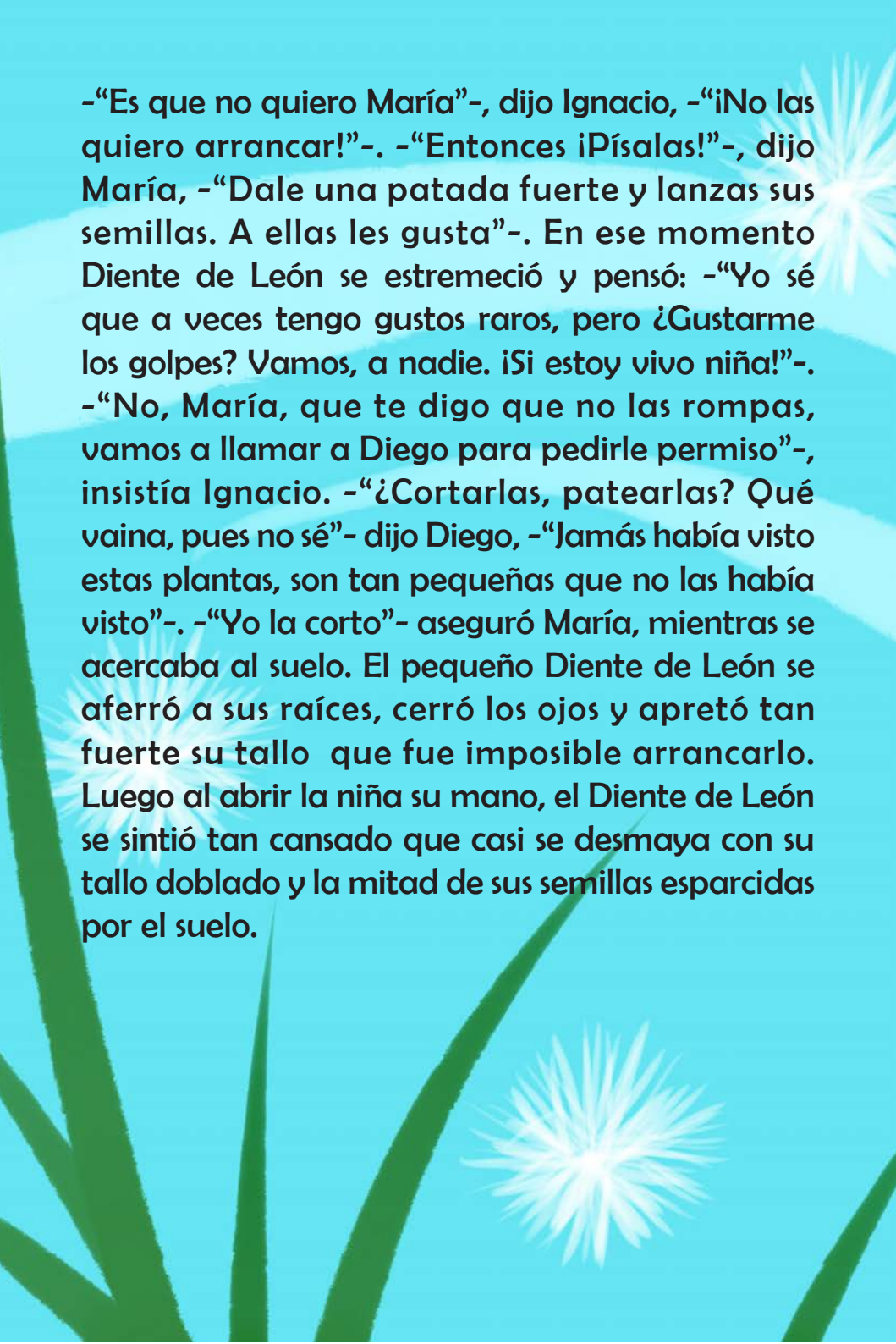
Aquel día fue el peor de todos. El sol recién asomaba cuando se oyó el estruendo de un motor. Luego un batallón corriendo por el jardín, ¿Eran cinco o seis? Niños y niñas por todo el lugar. -“¡Ay no!”-, pensó el Diente de León. -“¿Fiesta de pisadas? A mí no me inviten”-, refunfuñaba.

A pesar de los invitados a la casa, la tarde había estado tranquila. Diente de León despertaba de su siesta cuando oyó una terrible conversación a su alrededor. -“Esos se llaman Dientes de León”-, dijo la niña. -“Mi abuela tiene miles en su casa, ¿Sabías que sus semillas son cartas? Cuando las soplas las envías a quien tú quieras, les dices palabras muy cerquita y las semillas las llevan a su destino”-. -“¿Pero qué? ¿Qué somos cartas? ¿Qué nos soplan? ¿De qué habla esta niña?”-. -“No, no nos conoce. No soy una carta, ¡Soy una planta! Necesito tierra, agua, luz y amor. ¿Qué es eso de que nos soplan? ¿A ti te soplan para que tu cabello lleve recaditos? ¡No!, Verdad que no te gustaría ¿ah?”-.

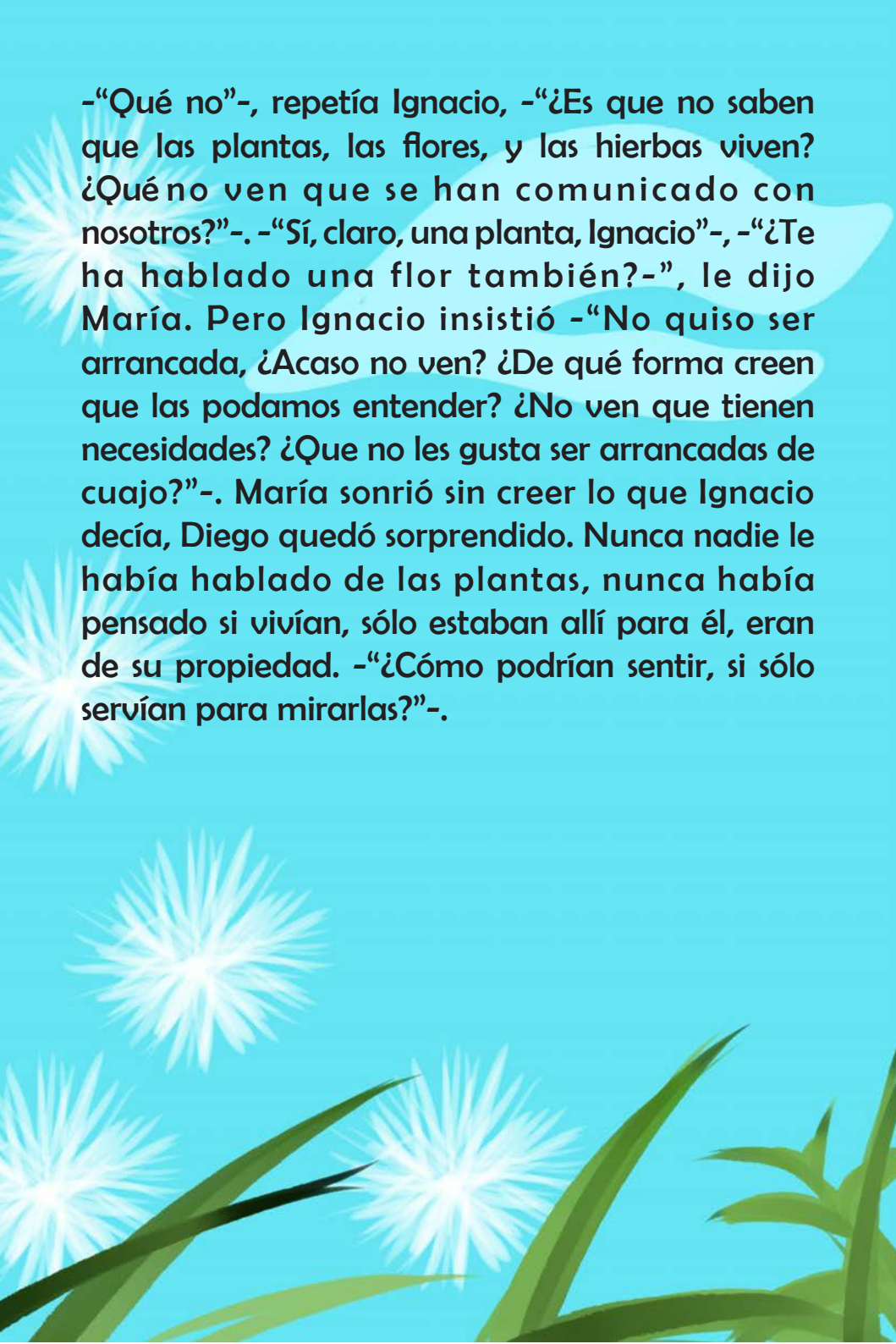


Luego la niña se acercó cada vez más al Diente de León, diciendo -“Primero debes acercarte”-, mientras él gritaba con toda su fuerza -“¡Detente!, ¿Pero qué haces?”-. Luego, siguió la niña, -“Tomas su tallo, ahora lo arrancas, luego lo acercas, les hablas y lo soplas fuerte”-.





-“Es que no quiero María”-, dijo Ignacio, -“¡No las quiero arrancar!”-. -“Entonces ¡Písalas!”-, dijo María, -“Dale una patada fuerte y lanzas sus semillas. A ellas les gusta”-. En ese momento Diente de León se estremeció y pensó: -“Yo sé que a veces tengo gustos raros, pero ¿Gustarme los golpes? Vamos, a nadie. ¡Si estoy vivo niña!”-. -“No, María, que te digo que no las rompas, vamos a llamar a Diego para pedirle permiso”-, insistía Ignacio. -“¿Cortarlas, patearlas? Qué vaina, pues no sé”- dijo Diego, -“Jamás había visto estas plantas, son tan pequeñas que no las había visto”-. -“Yo la corto”- aseguró María, mientras se acercaba al suelo. El pequeño Diente de León se aferró a sus raíces, cerró los ojos y apretó tan fuerte su tallo que fue imposible arrancarlo. Luego al abrir la niña su mano, el Diente de León se sintió tan cansado que casi se desmaya con su tallo doblado y la mitad de sus semillas esparcidas por el suelo.



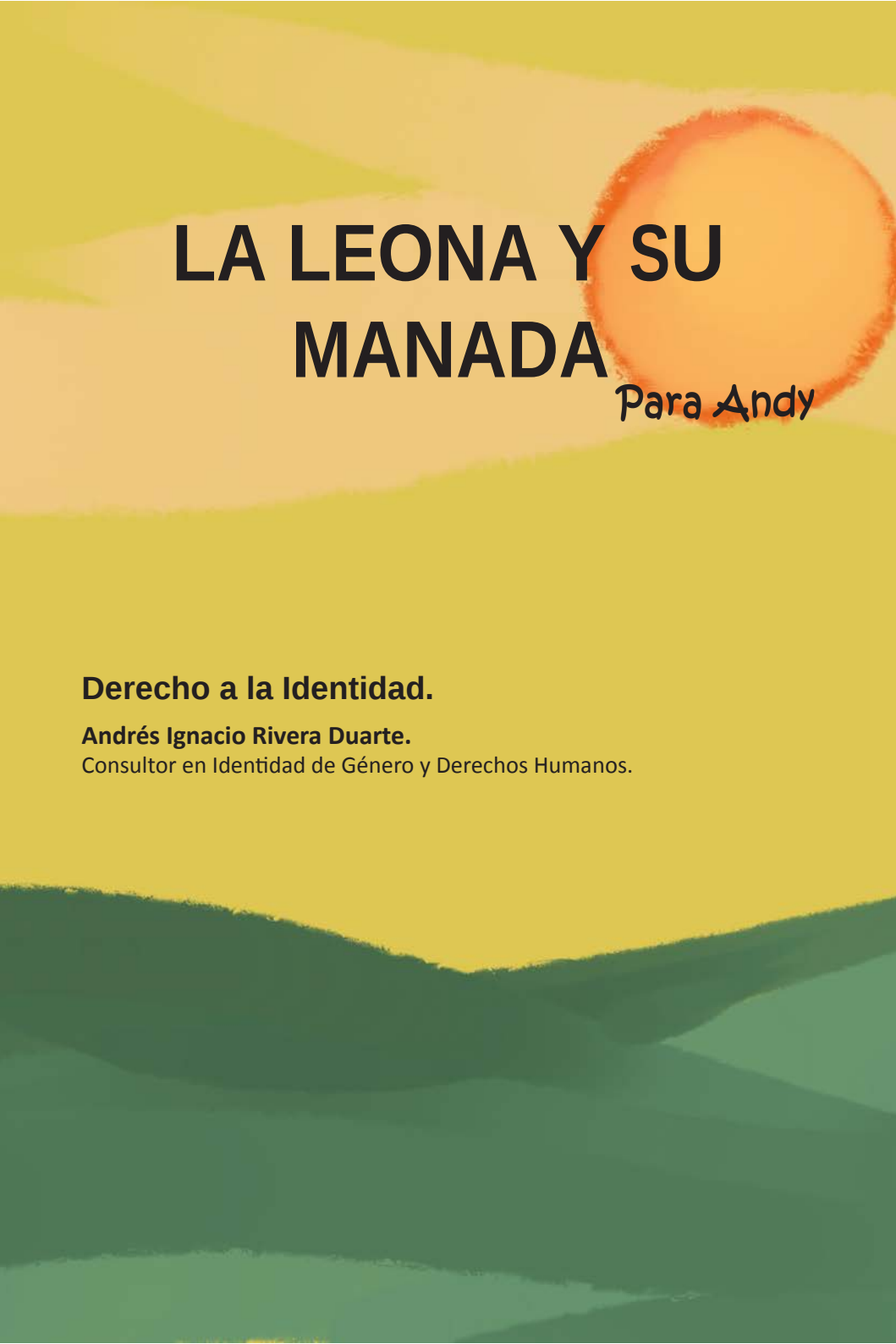
-“Qué no”-, repetía Ignacio, -“¿Es que no saben que las plantas, las flores, y las hierbas viven? ¿Qué no ven que se han comunicado con nosotros?”-. -“Sí, claro, una planta, Ignacio”-, -“¿Te ha hablado una flor también?”-, le dijo María. Pero Ignacio insistió -“No quiso ser arrancada, ¿Acaso no ven? ¿De qué forma creen que las podamos entender? ¿No ven que tienen necesidades? ¿Que no les gusta ser arrancadas de cuajo?”-. María sonrió sin creer lo que Ignacio decía, Diego quedó sorprendido. Nunca nadie le había hablado de las plantas, nunca había pensado si vivían, sólo estaban allí para él, eran de su propiedad. -“¿Cómo podrían sentir, si sólo servían para mirarlas?”-.



Ya amanecía, habían perdido muchas flores. El pasto pisoteado no quería erguirse nuevamente. La tristeza inundaba el lugar. Diego caminó aquella mañana con calma. Ya no corría. Observaba una a una las flores del jardín. Sentía esta vez su aroma. Abrazó fuertemente el roble. Su jardín ya no lucía feliz. Se percató de la existencia de muchas plantas que no había visto. Se sentó por un momento sobre el pasto. Vio un sinnúmero de bichitos que vivían bajo sus pies y, esta vez, sintió que su jardín le habló. No fueron necesarias las palabras porque cuando se habla con el corazón, éstas sobran. Sólo observó, se detuvo y miró. Dejó su raqueta a un lado por un momento y dijo -“Qué pena con ustedes. Ahora las conozco y veo que no me pertenecen, que viven igual que yo, que debo cuidarlas si quiero mantenerlas cerca mío, que seremos panas para siempre”-. Luego de eso, Diego se recostó en el suelo y se arrunchó con las flores que es una bella forma de expresar el acurrucarte junto a alguien que quieres para dormir.

En aquel verano que ya terminaba, Diego ganó un jardín de amigos y el pequeño Diente de León supo que su voluntad fue más fuerte y que se puede ser oído desde el corazón.





LA LEONA Y SU MANADA

Para Andy

Derecho a la Identidad.

Andrés Ignacio Rivera Duarte.

Consultor en Identidad de Género y Derechos Humanos.

Era un día diferente en el pueblo de los animales, aquel lugar mágico donde el sol lentamente empieza a alumbrar con su luz y la oscuridad de la noche se retira,.... los rayos del sol como enredaderas empiezan a meterse por entre los árboles, techos, casas y cerros, a paso lento despertando a los animales que allí habitaban. A lo lejos se escuchan los pajaritos trinando hermosas melodías, avisando que ya es hora de levantarse para empezar un nuevo día, el Gallo estira sus alas y prepara su garganta para dar un Kikiriqui... los Elefantes estirando su trompa y bostezando, las Cebras mostrando la majestuosidad de sus rayas, el Rinoceronte tosiendo roncamente, la Jirafa alzando su cuello hasta el cielo mirando todo a su alrededor, la Avestruz corriendo detrás de sus polluelos que salen a jugar, escondiéndose entre los árboles y la Leona rugiendo para contarles a todos los animales de la selva que había llegado el ansiado día, ese en el que pariría a sus cachorros, la Leona estaba ansiosa, varios meses había sentido en su panza como crecían y se movían, les había cantado, leído cuentos, les conversaba de cómo era el pueblo de los animales, donde



todos eran amigos y se ayudaban. Largos días de espera para conocerlos, poder lamerlos, cuidarlos, alimentarlos, verlos jugar... y hoy, por fin, había llegado ese día.

Todos los animales de la selva fueron a la casa de la Leona, conversaban entre ellos cómo serían los cachorros de la Leona, cuántas hembras y cuántos machos tendría, ¿Serán pequeños, grandes? Nerviosos esperaban el momento del nacimiento y entre el canto de los pájaros y el sonido del viento que silbaba, se escucharon cuatro pequeños rugidos.....

iiiiHabían nacido...!!!! Los animales estaban contentos y decidieron que sería el Elefante quien pasaría a conocer los cachorros para contarles cómo eran. El Elefante se agacha para no chocar con el techo y entra muy despacio a la casa, se acerca a la cuna de los cachorros y los mira fijamente, y exclama:

-iiiQué hermosos!!!
iiiSon tres machos y una hembra...!!! iiiQué alegría.....!!!-. Estaban fuertes y sanos.



El Elefante les hace cariño muy tiernamente con su trompa y sale de la casa para contarles a todos que la gran familia de la selva ha crecido, han llegado cuatro integrantes más. Ese día el pueblo se vistió de fiesta para celebrar el nacimiento de estos hermosos cuatro cachorros, la música estuvo a cargo de la orquesta compuesta por los Gatos, Perros, Loros y Caballos.

Pasaban los días y los cachorros cada día estaban más grandes y juguetones, salían a recorrer la selva saltando y escondiéndose en la maleza, miraban al Rinoceronte como caminaba con paso fuerte y lento, jugaban con las Jirafas subiéndose a su cuello y tirándose de ahí como si fuera un resbalín, se colgaban de la trompa del Elefante, tomaban leche de la Vaca, comían ricos frutos: naranjas, duraznos, manzanas... Todo era risa y juego.

Un día la Leoncita mayor de la Leona no quiso jugar, se sentía cansada y le dolían su patas. La Leona muy preocupada la lleva donde la señora Gallina que era la doctora de la selva. La señora Gallina después de examinarla le dice que la Leoncita mayor estaba enferma de sus patas, que tenía que cuidarla y no dejar que caminara por un mes. La Leona muy

preocupada volvió a su casa con la Leoncita y la cuidó día y noche por un mes. No dormía para mirarla y atenderla. Le peinaba su pelo que crecía ondulado y, a pesar, de la preocupación siempre la Leona estaba con una sonrisa y con amor, criando a sus cachorros. Sus hermanos Leoncitos ayudaban a cuidarla cuando volvían



del colegio, le cantaban y le leían cuentos. Así estuvo la Leoncita un mes en cama hasta que se mejoró y pudo salir a jugar con sus hermanos y hermana también regresar al colegio. La Leona estaba feliz ya que con su dulzura, cuidados y amor, su Leoncita mayor se había mejorado y ya corría libremente por la selva.

La Leoncita y los Leoncitos estaban felices, aprendían a leer en el colegio, tenían muchos animales que eran sus amigos, pero algo le pasaba a su Leoncito más pequeño, no era el mismo, ya no reía ni jugaba como antes, su mirada estaba triste, no quería salir de la casa ni quería ir al colegio. La Leona muy preocupada lleva al Leoncito pequeño donde la Señora Gallina pensando que estaba enfermo, la Gallina lo examina y no encuentra nada. El Leoncito estaba sano, su cuerpo estaba sano, no sabía porque sus ojos estaban tristes. La Leona cuando regresaban a la casa le pregunta al Leoncito qué le sucede, el Leoncito la mira con sus ojos tristes y le dice: -“Ven aquí, sentémonos en el suelo, así agachaditos, tomémonos de las patas, te voy a decir un secreto... Mamá... no soy un Leoncito, soy una Leoncita, mi cuerpo es diferente, no soy igual a mis hermanos... Yo lo siento aquí en mi mente y en mi corazón que soy

una Leoncita”-. La madre lo escucha con atención y con mucho amor lo abraza. No hablaron nada más, llegaron a la casa y el Leoncito se fue a su cama. La Leona se quedó pensando en esa conversación con su Leoncito pequeño. Esa noche no pudo dormir pensando en la tristeza de su Leoncito, en su secreto, e intentaba entender lo que le pasaba a su Leoncito. Decidió que al día siguiente iría a conversar con el Elefante para pedirle un consejo. Como cada mañana, la manada de Leoncitos y Leoncitas se levantaron muy temprano para ir al colegio, la Leona preparó un rico desayuno, les hizo cariño, los abrazo y los fue a dejar al colegio. De regreso fue donde el Elefante quien estaba bañándose en el río, con su larga trompa tomaba agua y después se la tiraba a su cuerpo. La Leona lo espero hasta que salió del agua y se sentó a conversar con él.

El Elefante escuchaba, con la frente arrugada, a la Leona quien le contaba lo que sentía su Leoncito,... a cada palabra que la Leona decía más arrugaba la frente el Elefante. De repente el Elefante mira fijamente a la Leona y dice: -“Eso no es normal, nació León, tiene que ser y actuar como León, debes obligarlo a ser un León”-.

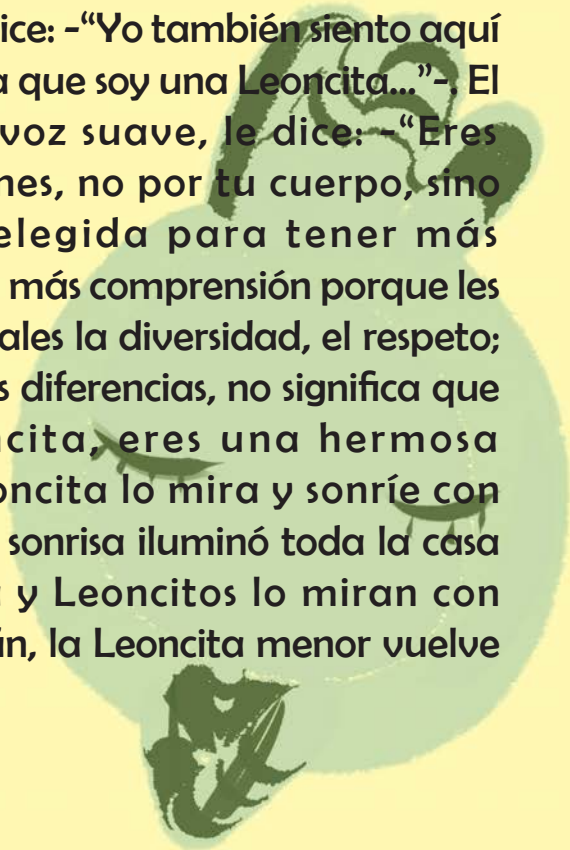
La Leona escuchaba con dolor lo que el elefante le decía, su Leoncito no estaba enfermo. La Leona asustada se va a su casa, no deja de pensar en los ojos tristes de su Leoncito, en sus palabras y en la voz del elefante que se había enojado mucho.

Al regreso del colegio de la manada, la Leoncita mayor le cuenta a su madre que su hermanito no había querido jugar con nadie en el colegio, que ya no reía ni saltaba, que estaba muy triste y decaído. Esto preocupó aún más a la Leona y



decidió volver a conversar con su hijo, lo invitó a caminar, se sentaron debajo de un árbol, se tomaron de las patas y la Leona le dice: -“Amado Leoncito por qué no quieres jugar en el colegio?”-. El Leoncito se acerca a su madre, pone su pecho sobre el pecho de su madre, los corazones estaban muy juntos y le dice: -“Mamá no soy un Leoncito, soy una Leoncita, quiero jugar con las Leoncitas, peinarme como ellas y si me ven se van a reír de mí, no creerán que soy una Leona”-. La madre sintió como su corazón saltó en su pecho y supo que su Leoncito era una Leoncita, que su corazón estaba hablando y lo escucharía, buscaría la forma de ayudar a... síiiii era una Leoncita, ayudaría a su Leoncita a ser feliz, buscó su mirada, sus ojos se encontraron y se abrazaron con amor. La Leona fue nuevamente donde la Señora Gallina y le cuenta que su Leoncito era una Leoncita, que lo sentía en su alma y corazón, que su cuerpo era diferente, que el Elefante se había enojado y que ella quería que su Leoncita fuera feliz como lo eran su hermana y hermanos, que por favor la ayudara a encontrar respuestas. La Señora Gallina recuerda que, en el otro pueblo, había un León que podía ayudarla porque él también tenía un cuerpo diferente. La Leona decidió partir con

su manada al pueblo vecino y caminaron por la selva, día y noche, hasta que llegaron al pueblo donde vivía el León que tenía un cuerpo diferente. Al encontrarse las miradas del León y la Leoncita supieron que algo los unía desde el corazón. La Leona le cuenta al León el secreto de su Leoncita. El León le cuenta a la manada que él había nacido Leoncita, pero que siempre sintió en su corazón y su alma que era un Leoncito, y había decidido vivir como León y ser feliz. La Leoncita salta de alegría y le dice: -“Yo también siento aquí en mi corazón y alma que soy una Leoncita...”-. El León la mira, con voz suave, le dice: -“Eres diferente a los Leones, no por tu cuerpo, sino porque has sido elegida para tener más sabiduría, más amor, más comprensión porque les enseñarás a los animales la diversidad, el respeto; el valorar y amar las diferencias, no significa que no eres una Leoncita, eres una hermosa Leoncita”-. La Leoncita lo mira y sonríe con tanta alegría que su sonrisa iluminó toda la casa del León, la Leona y Leoncitos lo miran con alegría ya que, por fin, la Leoncita menor vuelve a reír y ser feliz.



El León acompaña a la manada al pueblo vecino para hablar con el Elefante y todos los animales, así explicarles que las diferencias son parte de la vida. En el camino de regreso al pueblo, disfruta viendo como la manada juega, salta y ríe.



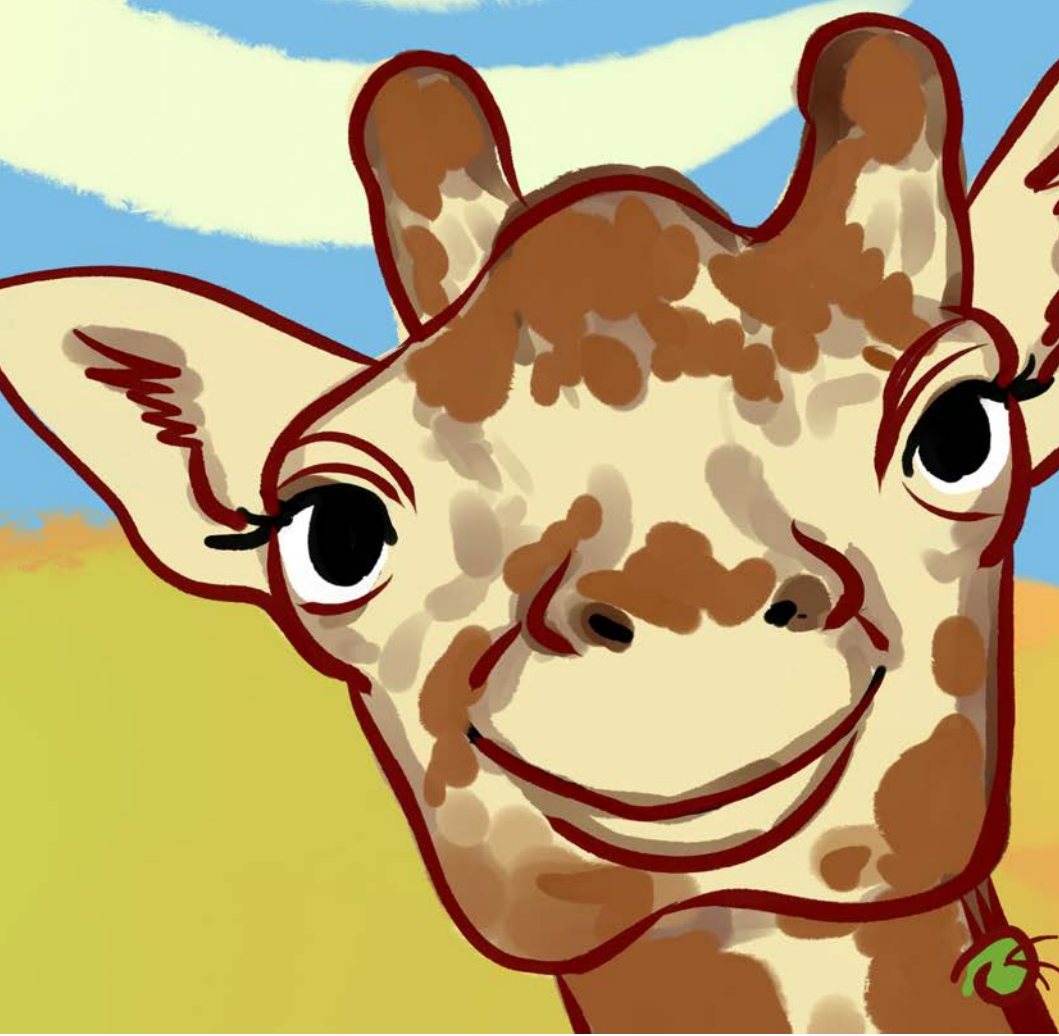
Llegando al pueblo se reúnen todos los animales, y el León conversa con ellos, les explica que él también tiene un cuerpo diferente, que cuando era pequeño muchos se burlaron, que en el colegio no querían jugar con él y eso lo hizo estar triste, que cuando creció se dio cuenta que justamente esa diferencia era lo que le permitía entender a todos los animales y ayudarlos. Entonces el Elefante le pregunta la razón del cuerpo diferente, el León le responde con voz pausada que no conoce la razón, que eso no es lo importante, que lo importante es que es un León, que no es una enfermedad, que él es feliz y que la Leoncita tiene el derecho a ser feliz, a ser amada por todas y todos, porque ella es una Leoncita que nació junto a ellos, en su pueblo, que pertenece a esa familia. El elefante se acerca a la Leona y le pide perdón por lo que le había dicho de su Leoncita, le explica que él se había asustado, pero que ahora entendía que las diferencias se respetaban y amaban.



Una gran fiesta de bautizo y bienvenida se organizó para celebrar a la Leoncita. Desde ese día, la Leoncita menor volvió a sonreír, sabía que crecería y sería una Leona como su madre, fuerte, valiente y luchadora.



Pasaron los meses y nació una jirafa con un lunar verde en su cuello, todas y todos los animales celebraron el nacimiento y el lunar, porque habían aprendido que las diferencias se respetaban y se amaban.



EL ESTABLO DE CHU

Derecho a la privacidad y respeto por la confidencialidad.

María Olga Troncoso Vergara.

Jueza Titular del Juzgado de Familia de San Antonio.

Ricardo Araya Troncoso.

Estudiante, 8 años.

Colaboración: Víctor Abdala Vargas.

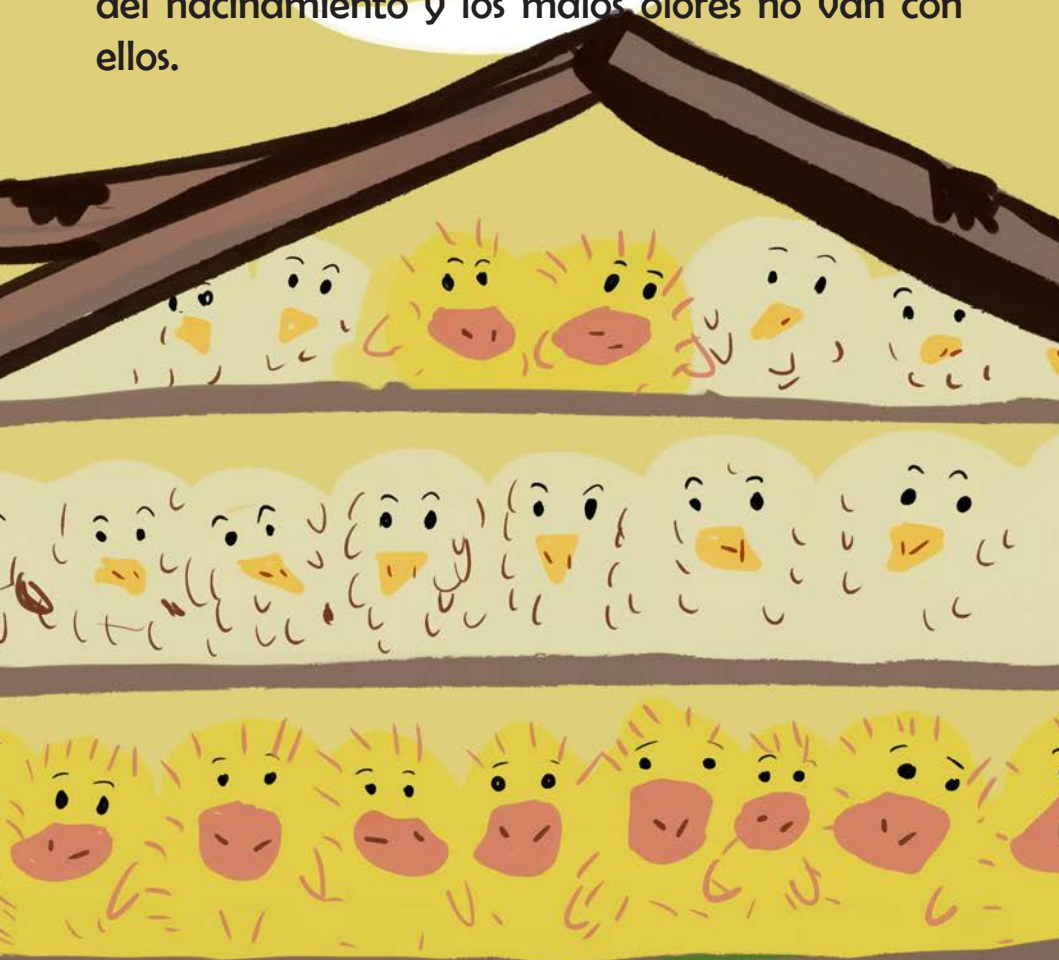
Juez Titular del Juzgado de Familia de Quillota.

El otoño había llegado rápido ese año. Durante todo el verano, Chu, había pensado en la construcción de un granero más grande y moderno. Todos los planos estaban en su mente. La sorpresa debía estar lista en primavera. La idea surgió un día, cuando el señor alto y barbudo dejó su teléfono en el suelo para ir a limpiar la caja de madera donde les daban el maíz. En ese momento, Chu, logró “navegar”, como había escuchado que le decían cuando se buscaba información en internet y escribió en el navegador: “Cómo construir una granja”. Grabó en su mente todo lo que leyó. Desde ese día, tenía muy claro los pasos a seguir.

El viejo granero ya se estaba cayendo. Se hacía cada vez más pequeño desde que habían traído a vivir ahí a todas las gallinas de la granja junto a ellos, los patos. Casi no tenían espacio y por lo mismo, se peleaban por todo.

Los patos y las gallinas no siempre se llevan bien. A las gallinas les gusta dormir todas juntas, bien pegadas entre ellas y cerquita de sus hijos, pero a los patos no. A los patos les gusta tener espacio, caminar y dormir cada uno en su cama.

Además las gallinas duermen poco, muy poco, conversan hasta tarde, hablan de todo; del día, de la noche, de la comida, del frío, del calor, no paran de hablar y de reclamar, se quedan dormidas muy tarde y se levantan de madrugada. Para qué hablar de cuando ponen un huevo, ¡Uffffff!, se entera toda la granja. Los patos, en cambio, tienen la cabeza en otra parte. Les gusta el aire libre, caminar uno tras otro en fila, bien ordenados, muy limpios y peinados; eso del hacinamiento y los malos olores no van con ellos.



Chu era el mayor de los hermanos de la familia Patuqui. Su nombre real era Luis Miguel Alberto de Jesús, nombre pomposo y elegante que había escogido su madre; sin embargo, cuando nació aún vivían frente al establo de las vacas y ellas, que siempre tienen nombre simples como: Avellana, Mora, Estrella, Alegre, Bonita; les pareció muy largo el nombre del patito recién nacido. Entonces decidieron acortar su nombre y le dijeron -“No diremos más que una palabra, así es que o le decimos Mu o le decimos Chu”-. Desde aquel día todos en la granja le llamaron Chu.

Chu usaba unos grandes lentes. Sus plumas eran de color amarillo como el sol. Tenía la patita izquierda más larga que la derecha lo que le dificultaba caminar, por lo que a veces sobre todo en invierno, debía usar una pequeña silla de ruedas que le ayudaba a desplazarse sin problemas y donde subía a todos sus hermanos para dar paseos por la laguna. Chu, además, era muy estudioso y a veces un poquito ansioso. Quería que todo se hiciera rápido y perfecto. Por eso, debía poner en marcha su sorpresa. Estaba convencido de que podría solito construir otro granero sólo para patos. Se llamaría “El establo de Chu”, para que recordaran que él lo construyó.



Se hacía ya de noche. Había estado todo el día en el campo, pensando y recolectando varitas de madera y paja. Las escondió entre la lavanda, así nadie las vería. Al amanecer, luego de desayunar, llegó al mismo lugar donde dejó sus materiales para ponerse manos a la obra, sin embargo ya no había nada, nada de nada.

-“¿Pero cómo?”, pensó, “¡Pero, pero si las dejé acá!”-.

Luego miró hacia el granero y vio al mayor de los hermanos pollos con una bolsa de varitas de madera y paja, corrió hacia él y le dijo:

-“¿Dónde vas Arturo Plumita?”-.

-“Voy a construir un granero para pollos, le llamaré El Establo de Arturo, ¿Qué te parece?”-, contestó Arturo.

-“¿Pero qué? Si esa idea era mía. ¿Cómo supo? ¿Cómo se podría haber enterado o sería una coincidencia?”-, pensó Chu.

Chu había sido tan cuidadoso no contarle a nadie, no quería que nadie se enterara.

-“Bueno”-, pensó, -“Si ya no tendré el granero para patos, tendré un tobogán para patos y la felicidad será la misma”-. Y comenzó nuevamente a planificarlo todo.

A la mañana siguiente mientras recorría el campo, luego de visitar a sus primos gansos de Ross, siempre tan elegantes y con tanto mundo, vio a lo lejos a Arturo, ahora con una tabla bajo su ala. Antes de que Chu le preguntara nada, él le gritó:

-“¡Estoy construyendo un tobogán para pollos! ¡Qué te parece Chu!”-.

-“¡Pero esto sí que es insólito! Cómo se puede enterar, si nadie, nadie sabe mis ideas. Las guardo con tanto cuidado que ni siquiera las escribo para que nadie las lea. ¿Podrá Arturo leerme la mente? Yo sé que las gallinas criollas son bien inteligentes, pero leer la mente... nunca lo había escuchado”-, pensó Chu nuevamente.



Aquella noche Chu no durmió. Sólo quería observar a Arturo y descubrir por qué conseguía averiguar todo lo que él quería hacer. Tenía que descubrir el secreto de Arturo. Cómo esa gallina lograba enterarse de sus pensamientos, pero nada pasó. Arturo durmió toda la noche y despertó de madrugada como todas las gallinas, luego de que una pusiera un huevo azul lo que se llevó la atención de todos en el gallinero esa mañana.

Tan triste estaba ese día Chu, que se fue directo a la laguna, sin saludar a los gansos, estuvo toda la tarde sentado mirando el agua, sintiendo que sus planes se habían arruinado. De pronto, imaginó que Arturo le leía la mente y sabía cada palabra que pensaba o cuando estaba enojado o cuando estaba triste o incluso cuando no quería que nadie supiera lo que pensaba. En ese preciso instante se acercó Arturo. Se sentó silenciosamente a su lado y ante el extraño silencio de Chu, le preguntó:





-“¿Qué? ¿No me vas a hablar?”-.

-“¿Para qué? Si ya sabes mis pensamientos”-, le dijo molesto Chu.

-“¿De qué hablas Chu? Si apenas entiendo mis propios pensamientos ¿Cómo puedo saber los tuyos?”-, le respondió Arturo, -“Además tú hablas muy poquito”-.

-“¡Así somos los patos!”-, replicó molesto Chu, -“De pocas palabras”-.

-“¿Por qué estas molesto? ¿Me lo quieres contar?”-, insistió Arturo.

-“¡Es no que lo ves!”-, alegó Chu, -“Cada idea que he tenido, cada pensamiento que no he querido compartir, lo sabes antes de que yo hable. Has arruinado mis proyectos del granero y del tobogán. ¡No quiero que te enteres de mis pensamientos!”-.

-“¡Ahhhhh es eso!”-, sonrió Arturo, -“Pero es que no me he enterado de nada Chu, es solo ¡Que tú hablas dormido! Y como duermo en la cama de al lado, pues me entero de todo, hasta de cuando te gustaba una patita real, ¡Hablabas de ella apenas te dormías! Y ahora cada noche hablas sobre graneros, toboganes y yo que pensaba que eran solo sueños. He creído que son ideas geniales y las he puesto en marcha, pero ¡Qué pena Chu!. No tuve ninguna intención de saber de tus cosas”-.

-“Mira, haremos un trato”-, continuó Arturo,
-“Apenas te duermas, si comienzas a hablar, si
tú quieres, yo te contaré en la mañana todas tus
ideas así las pondremos en marcha juntos y
seremos amigos de ideas, ¿Te parece?”-.

A Chu le pareció una buena solución. Sólo Arturo
sabría sus buenas ideas y ya no estaría solo para
llevarlas a la práctica. Aquel otoño trabajaron
todos los días luego de la escuela. Finalmente al
llegar la primavera, habían terminado un
pequeño granero que juntos, decidieron fuera su
casa nueva.

Ese otoño, Chu aprendió que hay un mundo de
ideas en su mente que pueden ser compartidas y
otras en su corazón que pueden quedar
guardadas hasta que un buen amigo las
encuentre.

MANDY, LA GATITA QUE MAULLABA

Derecho a recibir cuidados y al amor de la familia.

Susana Machuca Vallejo.

Abogada del Departamento Jurídico de la Junta Nacional de Jardines
Infantiles (JUNJI).



-“¡Miau! ¡Miau! ¡Miamiauuu!”-, Mandy despertó y estaba todo muy oscuro. Escuchaba muchos ruidos y tenía miedo de mirar bajo su cama.

Su mamá gata se levantó y la fue a abrazar, -“¿Qué pasa Mandy?”-. Se acostó a su lado y le hizo cariño entre sus orejitas. Mandy ya no tuvo miedo, sentía que ninguna sombra se acercaría a ella. Dejó que su mamá siguiera y al ritmo de su ronroneo, se quedó dormida.

A la noche siguiente, un poco después de media noche, volvió a abrir sus ojitos sin ninguna explicación. Esta vez, trató de ser valiente y recorrió su casa. ¡Era la misma casa de siempre! Esa donde jugaba y que de día no tenía miedo... -“¡Miau! ¡Miau! ¡Miamiauuu!”-, volvió a llamar.

Su papá gato se levantó esta vez, -“¿Qué pasa Mandy?”-. Prendió la luz de su pieza y se acostó a su lado. Le explicó nada había que le pudiera hacer daño, no había nada que temer. Con la voz ronca de su papá y su abrazo, Mandy volvió a dormirse.



Preocupados sus papás le preguntaron, noche tras noche, a qué le tenía miedo. Se fueron turnando para acompañar a Mandy y dejarla dormir al calor de sus abrazos.

Una tarde, Mandy descubrió que le tenía miedo a la noche, a las sombras y a los sonidos que no eran los mismos que ocurrían durante el día.

Sus papás, noche tras noche, acudieron a su llamado, noche tras noche, con sus abrazos le dieron tranquilidad y con sus cariños, seguridad... hasta que una noche... -“¿Papá? ¿Escuchas?”-, dijo la mamá. -“¿Qué pasa? ¿Qué cosa?”-, respondió el papá sorprendido. -“Nada”-, sonrió, -“lo que pasa es que nuestra Mandy ahora es una gatita que duerme y sueña toda la noche”-.

Y así fue. Al ir a verla, Mandy dormía en su camita, soñando con madejas de lana y arbolitos con un ronroneo y una sonrisa en su carita.



LA CENA MÁS DELICIOSA

Derecho a tener una Familia.

Verónica Toledo López.

Jueza Titular del 14° Juzgado de Garantía de Santiago.



Felipe tenía 6 años y recién había ingresado al colegio “de grandes”, dejando a las tías del jardín infantil de quienes se despidió con un poco de pena, pero pensando en las aventuras que le esperaban en el nuevo colegio y en todos los amigos que encontraría ahí.

Todos los días, mamá entraba a su dormitorio y le daba un beso apurada para despertarlo.

-“¡¡A levantarse todos!!”-, gritaba papá.

Y luego de eso, todo se transformaba en carreras y gritos, de la cama al baño, del baño a la pieza, de la pieza a la cocina, a comerse el cereal y de ahí a lavarse los dientes.

-“¡¡Rápido, rápido!! ¡Todos arriba del auto!”-, gritaba el papá y partían al colegio.

En el trayecto Felipe no paraba de hablar, contando a sus papás todas sus aventuras.

-“¡Matías reventó la pelota del curso! La profesora le dijo a María Ignacia que en la sala de clases ¡No se come! Eduardo pidió permiso para ir al baño ¡Tres veces! Sofía la rubia -porque hay otra Sofía que no es rubia- ¡Lo empujó en la fila!”. Y así hasta que el auto se detenía frente a la puerta del colegio.



Los tres hermanos bajaban e ingresaban al colegio. Papá y mamá continuaban raudos rumbo a sus trabajos. A veces Alonso le tomaba la mano, pero la mayoría de las veces sólo le decía, -“¡Chao enano, nos vemos a la salida!”-. Su hermana Sofía le daba una palmadita en la cabeza, sin dejar de mirar su celular, para continuar cada uno a su salón de clases.

Durante el camino ninguno de sus hermanos conversaba, pero Felipe entendía que no debía molestarlos pues ambos iban muy concentrados, revisando en sus celulares sus correos electrónicos y sus mensajes.

Al salir del colegio y llegar a casa, sus hermanos y él hacían los deberes escolares vigilados de cerca por Toyita, la nana que los cuidaba desde que habían nacido. La Toyita era estricta y nada se le escapaba. Es que tenía ojos de lince según ella. Pero Felipe no sabía lo que era un lince y suponía que el señor Lince debía de tener muy buena vista porque Toyita incluso tenía vista de rayos X ya que descubrió los chocolates y las galletas que él sacó de la despensa y que estaban escondidos debajo del cubrecamas.

Por las tardes Felipe se sentía un poco solo y aburrido. Alonso estaba muy ocupado en su dormitorio. Según él estaba haciendo cosas de grande y Felipe no podía entrar, pero Felipe sabía que no hacía cosas de grande como trabajar y hablar por teléfono de comprar o vender como hacía su papá, sino que estaba jugando un juego de play station, así toda la tarde y toda la noche antes de irse a dormir.

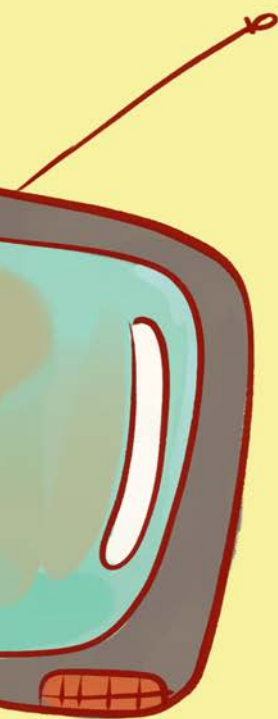


Por otro lado Sofi, su hermana, también se encerraba en su pieza con su computador y según ella navegaba. Aunque Felipe no entendía cómo se puede navegar si no había mar o lago para hacerlo. En fin, seguramente navegar era una actividad muy importante porque a Sofi tampoco le gustaba que la interrumpiera.

Al final, a Felipe no le quedaba más alternativa que ver monos animados o andar en bicicleta en el patio. Si al menos tuviera un perrito podría jugar con él, pero a mamá no le agradó la idea cuando él se lo pidió.

-“¡Noooo!”-, dijo mamá poniendo cara de susto y levantando las manos,
-“¡Los perros exigen cuidados y destrozan el jardín, no tenemos tiempo para eso!”-.

A cambio del perro le regaló una mascota llamada Furby, que por un tiempo lo entretuvo y ahora estaba al fondo del armario.



Cuando se hacía de noche, Felipe se ponía feliz porque sus padres llegaban. Él los esperaba con la cara y las manos lavadas, también se peinaba para estar bonito.



Corría a darles un abrazo, llevaba el maletín de papá y el delantal blanco de mamá a la sala, luego los acompañaba a la cocina y los acompañaba mientras Toyita les preparaba la cena. Casi siempre papá se llevaba una bandeja a la sala y veía el noticiero mientras comía. Mamá llegaba tan cansada que se ponía pijamas y pantuflas, luego de saludar a Alonso y Sofía se recostaba un rato a ver la teleserie y a comer lo que Toyita le llevaba. Entonces Felipe iba venía entre la sala y el dormitorio, un rato con papá viendo el noticiero y un rato con mamá viendo la teleserie.

Un día Felipe había sido invitado por su amigo Matías, que era su vecino de dos casas más allá, a una noche de campamento. Levantaron una tienda de indios en el dormitorio de Matías y prepararon los sacos de dormir. Pero cuando estaban jugando, Matías le dijo que tenían que ir al comedor a cenar. Esa noche, Felipe descubrió que hay familias que cenan juntas todas las noches como su amigo Matías y su familia. Desde ese momento, Felipe hubiera querido cenar con su familia cada noche y no sólo para Navidad o cuando venían los abuelos, pero todos estaban demasiado ocupados en sus tareas o muy cansados como mamá para hacer eso.



Durante un tiempo Felipe estuvo un poco triste, pensando por qué su familia no era como la de Matías. Pensaba que su familia no lo quería. Una vez les propuso a sus hermanos que esperaran a sus padres con una cena rica.

-“¡Qué lata enano, yo prefiero comer en mi cama!”-, dijo Alonso.

-“Sííí, Felipe, no inventes tonteras”-, dijo Sofía,
-“¡No ves que así los papás me van a interrumpir la navegación!”-.

Y así paso el tiempo. Un buen día, papá y mamá llegaron a casa como todos los días, pero algo extraño pasó. Felipe no salió a buscarlos, ni los acompañó a la cocina, ni estuvo ahí para llevar el maletín de papá ni el delantal blanco de mamá a la sala de estar. Esto, naturalmente, resultó muy extraño para mamá y papá quienes preguntaron a Toyita, a Alonso y a Sofía por Felipe. Ninguno sabía nada, por lo que todos se preocuparon y comenzaron a llamarlo en el patio, en el antejardín, en el cuarto de cachureos, en el lavadero y nada. No había rastros de Felipe.



Mamá se puso a llorar. Papá les llamó la atención a los hermanos por no preocuparse de Felipe, que era el más chico de la casa. Luego mamá llamó a la Policía Buscadora de Niños Perdidos que vinieron a casa e hicieron muchas preguntas. Justo cuando iban a salir a buscar a Felipe, sonó el teléfono.

-“¡Aló!”-, contestó ansiosa y aun llorando la mamá de Felipe.

-“¡Aló! ¿Habló con la mamá de Felipe?”-.

-“Sí”-, dijo la mamá de Felipe con un hilito de voz de la pena que tenía porque quería ver a Felipe de nuevo.

- “Hola, soy su vecina de la casa blanca. Quería decirle que su hijo Felipe está en nuestra casa cenando”-.

A mamá le volvió el alma al cuerpo. Dio un suspiro de alivio, enseguida le dijo a su vecina que irían a buscarlo. Partieron todos muy felices de que estuviera sano y salvo.

Cuando llegaron, Felipe no entendía nada. No sabía por qué su mamá lloraba y por qué su papá estaba tan feliz de verlo que lo tomó en brazos y lo abrazó muy apretado. Incluso sus hermanos reían y le daban palmaditas en la cabeza.

Mamá le contó que pensaban que estaba perdido y estaban muy preocupados.

- “Lamento mucho haberlos asustado, pero quise venir a cenar con Matías y su familia. Pensé que ustedes no me extrañarían. Es que acá es entretenido cenar porque comemos rico y todos conversamos. Me preguntan cómo me fue en el colegio y les cuento lo que hice en el día”-, les dijo Felipe.

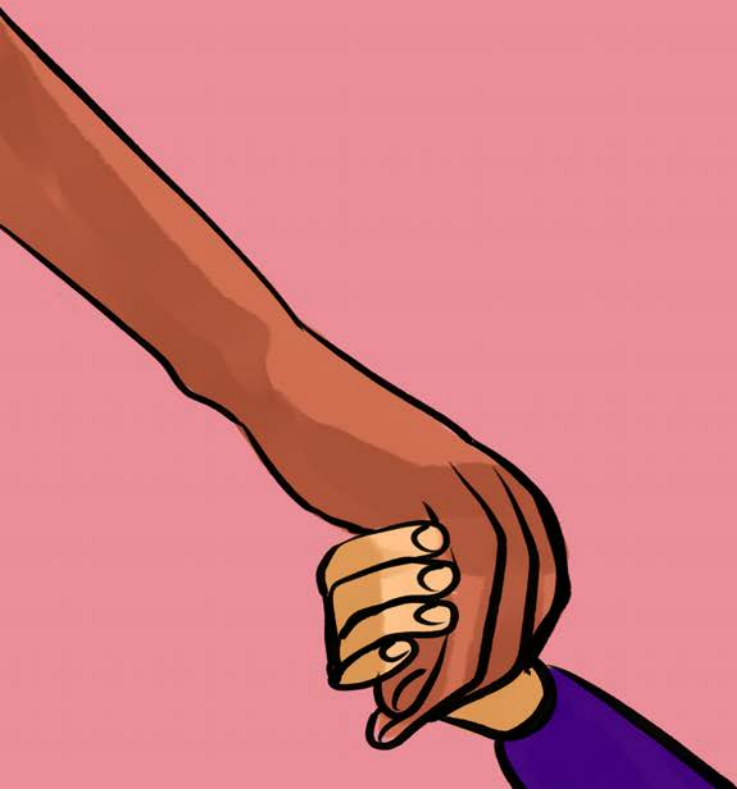
Entonces mamá y papá y Alonso y Sofía se miraron entre todos, muy avergonzados y tristes, pensando que habían descuidado a Felipe.

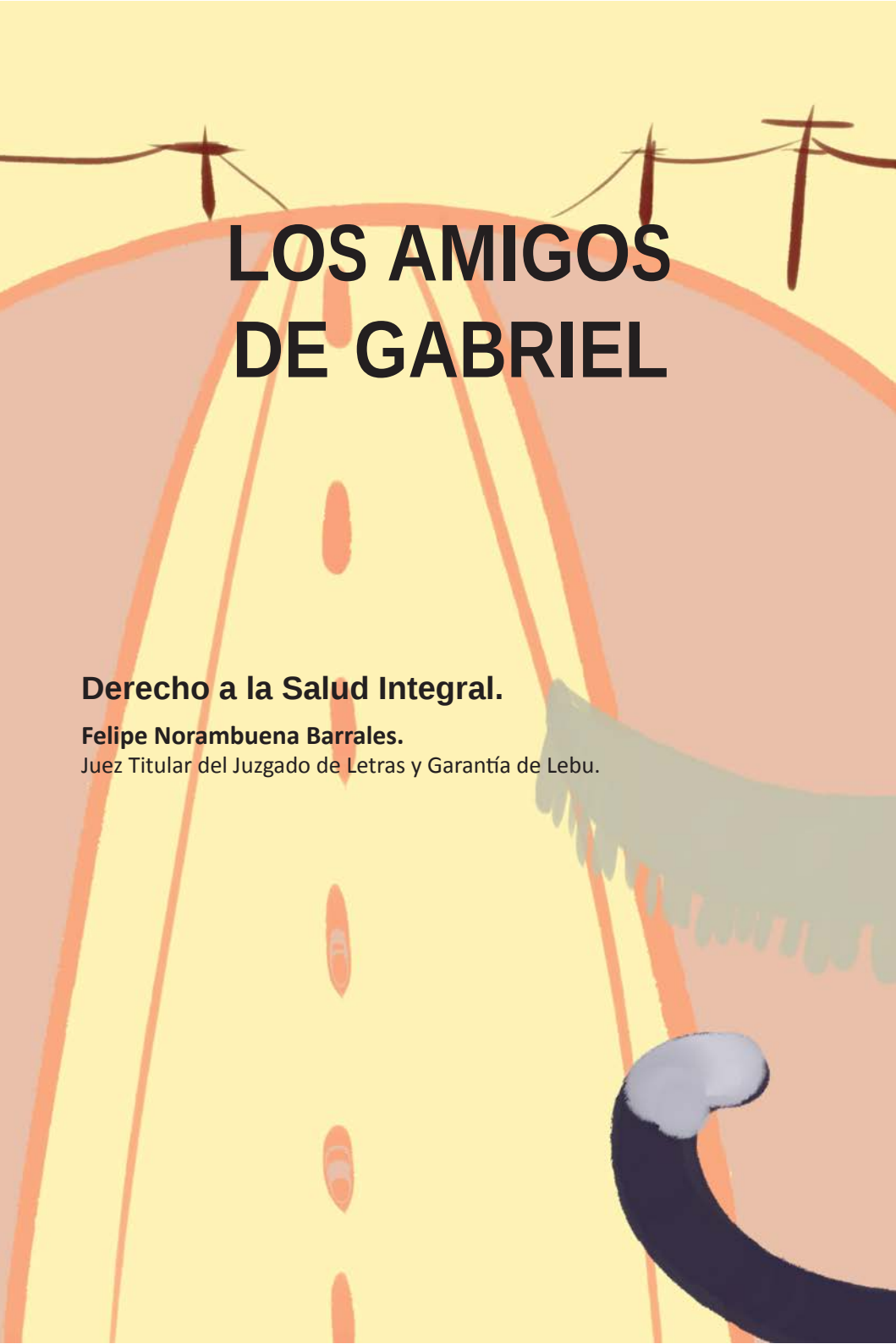
-“Felipe, desde hoy en adelante, te prometemos que cenaremos en familia cada noche, todos juntos, aunque comamos huevos duros y podremos contarnos todo lo que hicimos en el día. Así no tendrás que salir a la casa de Matías para eso, porque tendrás en tu propia casa lo que tanto ansías”-, dijo papá.

-“Sí, enano”-, dijo su hermano Alonso. -“Y por las tardes, si quieres puedes jugar conmigo”-.

-“¡O navegar conmigo!”-, gritó Sofía.

Así fue como Felipe recuperó a su familia y se sintió de nuevo completamente feliz. Volvieron a casa todos muy contentos. Esa noche Felipe acostadito y calentito en su cama, soñó que todos los niños del mundo tenían una familia. Un papá, una mamá o a veces una abuela o una tía, alguien que los protegía, que los escuchaba donde se podían sentir seguros porque eran comprendidos y amados por sobre todas las cosas y, estaban allí para enseñarles a ser buenas personas. Tal como él tenía a su hermosa familia y las cenas más deliciosas cada noche.





LOS AMIGOS DE GABRIEL

Derecho a la Salud Integral.

Felipe Norambuena Barrales.

Juez Titular del Juzgado de Letras y Garantía de Lebu.

Gabito tenía un buen amigo: Bodoke, su perrito callejero que le regaló alguna vez su hermano. Lo bañaba cada vez que se acordaba, le conseguía comida cada vez que lo encontraba muy flaco, se encargaba de su amigo-perro y jugaba; saltaba, paseaban cada vez que podía después de la escuela.

Bodoke tenía un amigo-humano: Gabriel, que era un cachorrito humano medio sonriente y medio juguetero. Bodoke le recibía la comida que con cariño le daba, hacía como que gustaba de los baños de agua en su tina-perro y con su amigo Gabito saltaba y jugaba como también lo hacía el cachorro humano. Lo acompaña todos los días a la puerta de la escuela, que es un lugar donde van los niños a jugar o algo parecido.

Los días de Bodoke y Gabito eran de juego. Juego por la mañana y por la tarde que solo interrumpía el almuerzo o la once de Gabriel. Todo partía temprano entre los amigos de Gabriel, Bodoke y uno que otro amigo de Bodoke, de esos amigos que viven en las calles vecinas, que no sé por qué les llaman perros-vagos.



Juega que juega, corre que corre, toca la pelota, corre que te la quitan y el equipo de Marta, Emilia, Gabriel, Sofía, Felipe y Martín hace goles y comparte la alegría con Bodoque y sus amigos perros. Corren que corren los niños tras la pelota, los perritos tras la ruedas de los autos y ladrando a los remolinos como si fueran gatos. Así pasaban los días de Bodoque y también muy cerca los de Gabriel, también ahí estaban, cerca muy cerquita, los amigos-perros y los amigos-cachorros-humanos. No mucho sobresalto, no mucho apuro por llegar a casa, no demasiado apuro para disfrutar el viento, el sol de primavera y la lluvia suavecita del invierno. Todo era tibio e iluminado como los ojos-perro de Bodoque igualito al brillo de Gabriel.



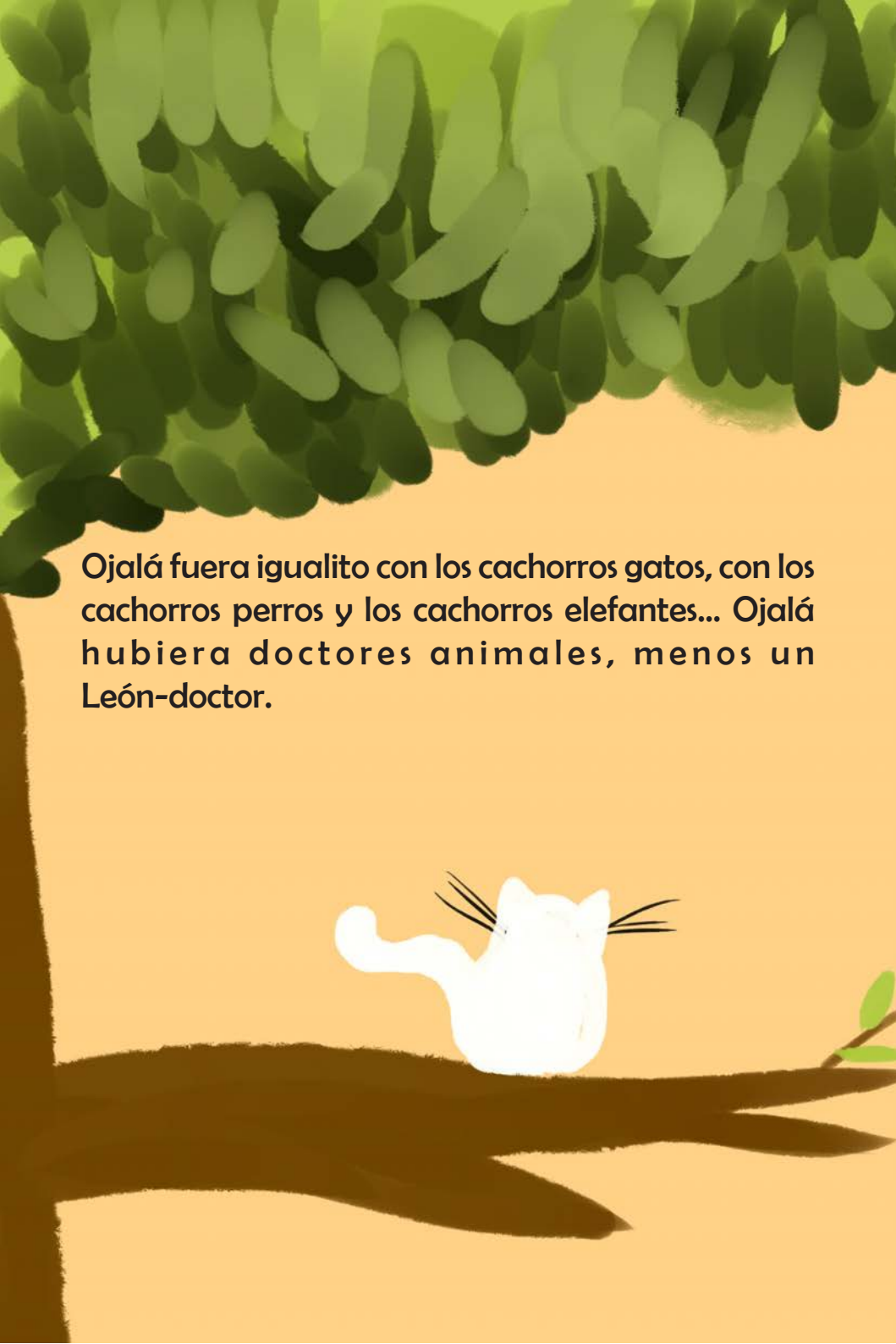
Pero como el recreo de las escuelas es siempre más corto del que queremos todos los niños, un día de los que no queremos, los amigos del barrio vieron al auto de un señor medio apurón juntarse con el día en que Bodoke andaba por la luna, pero esa luna no era la de la noche, sino esa la luna que a uno lo anda trayendo por las nubes. Y vino a darle un empujón muy fuerte al Bodoke y ¡Zas! que partimos todos donde una doctora de perros que se llamaba Vete o Vety o al menos así le decían los papás del amigo Martín, el amigo ese que juega al fútbol con los cachorritos-humanos del barrio.

Y así, un día me tocó a mí, eso de que en agosto uno se pone medio gritón. Me hizo gritar cuando me caí del árbol grande de la plaza, no hubo cola ni garras que se agarraran a las ramas o al tronco y caí patas pa'riba, las cuatro patas para arriba, la cola para arriba, los puros pelos para abajo.



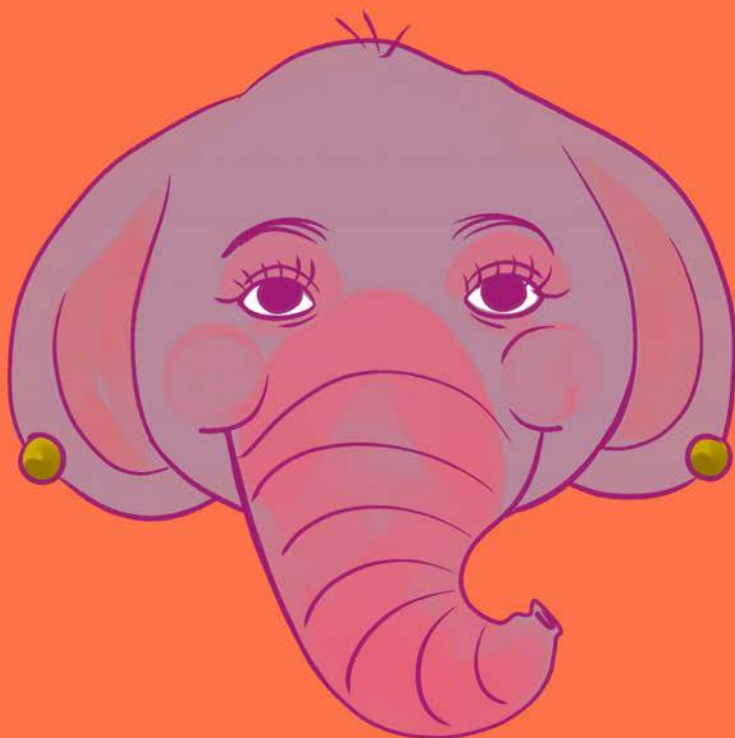
Desperté cuando mi mamá me lamía las patas y la cara. Ya me imaginaba con la doctora Vety, que me contaban regala galletas a los perros y si le alcanzan también a los humanos, yo, ya me imaginaba en la camilla de doña Vete o Vety, yo ya me imaginaba con un traje color blanco-gato en la ambulancia-gato, yo me imaginaba paseando por el parque parado en la camilla antes de llevarme al barrio de Bodoke y Gabriel. Casi despertaba de mi caída y los sueños en que me veía, apretando la sirena de la ambulancia cuando desperté con la lengua de mamá en la cara y algo me acordé cuando me cantó y me contó que los gatos callejeros, no vamos al doctor, que está muy lejos, que hay muchos gatos, perros y ornitorrincos esperando a las amigas de doña Veti, que mejor que no.

¡Ya! De nuevo hay sol por la mañana, nuevamente los niños, los perros y los gatos nos dedicamos a jugar. Pasó el susto de la caída, seguimos jugando; Gabriel, Bodoke y todos los del barrio, lo bueno es que los gatos tenemos 4 patas y no andamos en las nubes, por eso mamá me cuenta que los niños (que ella les dice cachorritos-humanos) deben ir al doctor de niños, les miden sus patas y sus garras, les muestran los dientes al doctor y ¡Zan! pa la casa.



Ojalá fuera igualito con los cachorros gatos, con los cachorros perros y los cachorros elefantes... Ojalá hubiera doctores animales, menos un León-doctor.

SOFÍA LA BAILARINA DE LA SELVA



**Derecho al juego y a las actividades recreativas
propias de su edad.**

María Elisa Peralta Acevedo.

Abogada del Departamento Jurídico de la Junta Nacional de Jardines
Infantiles (JUNJI).

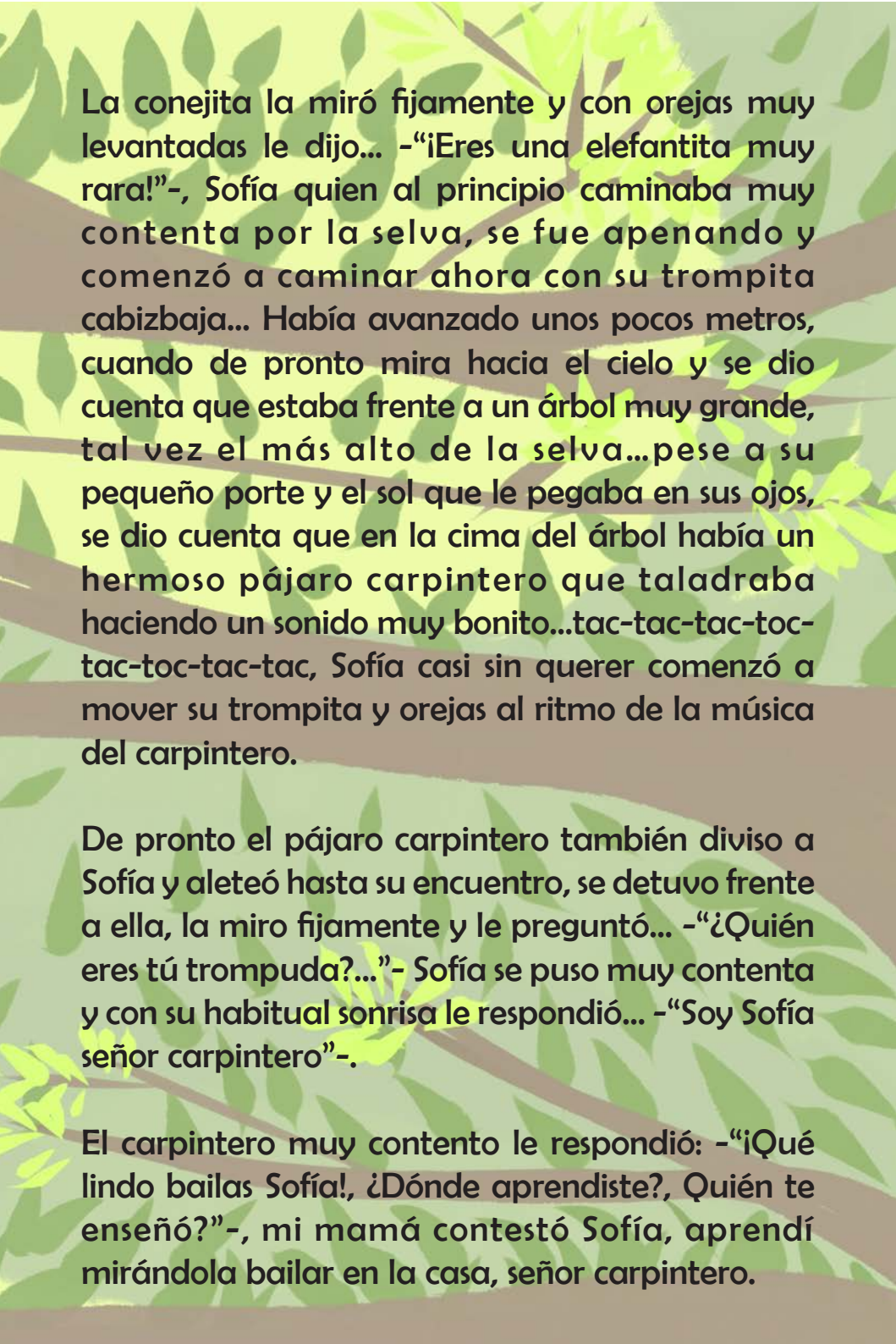
Esta es la historia de una elefantita llamada Sofía, ella era muy risueña y juguetona, pero lo que más le gustaba en la vida era bailar, mover su trompita rosada y orejas de terciopelo al ritmo de la música de la selva.

Cierto día caminaba por la selva cuando se encontró con un dinosaurio amarillo llamado Wilfredo, quien muy sorprendido al verla mover su trompita le pregunta muy indiscreto, -“¿Qué haces pequeña elefantita?, no sabes acaso que es peligroso andar sola caminando por esta calurosa selva?”-, Sofía muy sorprendida le respondió... -“¡Pero si lo único que estoy haciendo es bailar señor Dinosaurio!”-.

Wilfredo, enojado le contestó -“¡Vuelve a casa elefantita... ¡Tu madre debe estar preocupada pensando que te puede haber pasado algo!”-, Sofía que nunca dejaba de sonreír, solo atinó a cerrarle un ojo y como si nada hubiera pasado continuó su entretenida caminata por la selva. Al llegar a una colina, de pronto de un salto se le apareció una blanca y pequeña conejita que con una voz burlona le preguntó... -“¿Qué haces?, ¿Qué haces?”-, rosada elefantita?

Sofía un poco
asustada le
respondió... -“¡Bailo
conejita!”-. La
conejita dio una
fuerte
carcajada y
volvió a
preguntar de
manera muy
curiosa... -“¿Y por
qué bailas?”-, Sofía,
que a esas alturas
ya estaba un poco
cansada de tanta
pregunta, le
respondió...
-“¡Porque me
hace feliz
pequeña conejita!”-





La conejita la miró fijamente y con orejas muy levantadas le dijo... -“¡Eres una elefantita muy rara!”-, Sofía quien al principio caminaba muy contenta por la selva, se fue apenando y comenzó a caminar ahora con su trompita cabizbaja... Había avanzado unos pocos metros, cuando de pronto mira hacia el cielo y se dio cuenta que estaba frente a un árbol muy grande, tal vez el más alto de la selva... pese a su pequeño porte y el sol que le pegaba en sus ojos, se dio cuenta que en la cima del árbol había un hermoso pájaro carpintero que taladraba haciendo un sonido muy bonito...tac-tac-tac-toc-tac-toc-tac-tac, Sofía casi sin querer comenzó a mover su trompita y orejas al ritmo de la música del carpintero.

De pronto el pájaro carpintero también diviso a Sofía y aleteó hasta su encuentro, se detuvo frente a ella, la miro fijamente y le preguntó... -“¿Quién eres tú trompuda?...”- Sofía se puso muy contenta y con su habitual sonrisa le respondió... -“Soy Sofía señor carpintero”-.

El carpintero muy contento le respondió: -“¡Qué lindo bailas Sofía!, ¿Dónde aprendiste?, Quién te enseñó?”-, mi mamá contestó Sofía, aprendí mirándola bailar en la casa, señor carpintero.



De pronto, el pájaro emprendió vuelo unas ramitas más arriba y comenzó a hacer ese hermoso sonido que tanto gustaba a Sofía... tac-tac-tac-toc-toc-tac-tac-toc. Sofía no podía dejar de moverse, emocionada y contenta al ritmo de la música que el carpintero generaba.

Enorme sería la sorpresa de Sofía al mirar, fijamente, el tronco de un árbol y ver que su imagen había sido tallada por el carpintero.

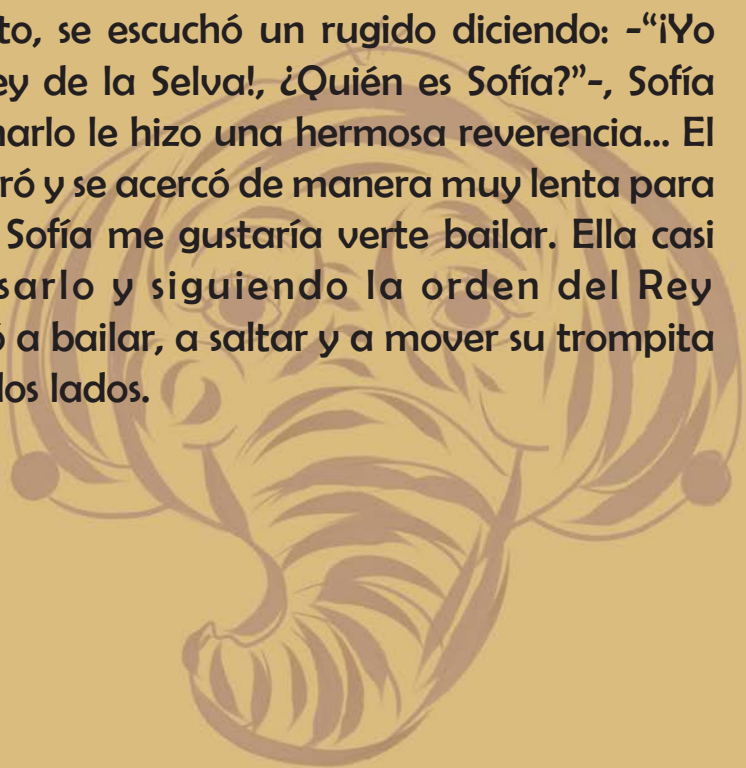
De tanta emoción, Sofía corrió en búsqueda de su mamá... -“¡¡Mamá Mamá!!, acompáñame a ver una cosa que quiero mostrarte”-, le gritaba emocionada Sofía. Su madre al verla tan impresionada, la agarró de su trompita y caminaron juntas por la selva... Al caminar por la selva, de pronto, se dan cuenta que había una gran multitud de animales y que incluso estaba Wilfredo el dinosaurio amarillo y la conejita que se había burlado de ella, estaban todos reunidos mirando el dibujo de Sofía tallado en el árbol.

El pájaro carpintero al ver tamaña multitud, se puso muy contento y casi sin quererlo comenzó a taladrar el árbol con su toc-tac-tac-toc-tac-toc-tac-tac. Los animales de la selva al escuchar el sonido comenzaron a bailar y a girar contentos y llenos de energía.

Sofía miró esta hermosa escena y le preguntó un poco preocupada a su mamá... -“Mamá, ¿Qué hacen los animalitos de la selva?”-. Su madre la miró y le dijo... -“¡Bailando Sofía!, ¡Siendo felices al igual que tú!”-. Ambas sonrieron sin parar por un buen rato.

Sofía y su mamá estaban en eso, cuando de pronto la música se detuvo y todos los animales dejaron de bailar. Sólo se escuchaba el leve ruido de las ramas de los bambús que abrían paso a una rubia y hermosa melena que pertenecía, ni más ni menos que, a Leónidas el Rey de la Selva.

De pronto, se escuchó un rugido diciendo: -“¡Yo soy el Rey de la Selva!, ¿Quién es Sofía?”-, Sofía al escucharlo le hizo una hermosa reverencia... El rey la miró y se acercó de manera muy lenta para decirle... Sofía me gustaría verte bailar. Ella casi sin pensarlo y siguiendo la orden del Rey comenzó a bailar, a saltar y a mover su trompita para todos lados.



El resto de los animales de la selva al ver a Sofía comenzaron, tímidamente, a moverse cuando repentinamente Leónidas, el rey de la selva, comenzó a mover su hermosa melena rubia de arriba para abajo de abajo para arriba y de un lado para el otro. Todos los animalitos impresionados al ver que el Rey bailaba, comenzaron a bailar también y así pasaron las más largas y entretenidas horas en la selva.

Mientras todos bailaban el pájaro carpintero muy respetuosamente se dirigió a Leónidas y le dijo: -“Majestad, ¿Quisiera preguntarle algo?”-. Leónidas de manera muy elegante peinó su melena y respondió con otra pregunta, -“¿Cuál es tu nombre?”-. -“Nicki, es mi nombre su Majestad y con todo respeto quiero contarle algo...”-. -“Cuéntame con toda confianza querido pajarraco”-, respondió el Rey.

-“Resulta señor Rey, que muchos animales de la selva se han reído o han retado a Sofía por ser una elefantita muy alegre y feliz y sobretodo porque le gusta bailar”-. Leónidas escuchó esto y rugiendo más fuerte que nunca, les dijo:



-“Hermanos animales el día de hoy hemos visto como una elefantita llamada Sofía, nos ha enseñado que bailar es una forma de expresar nuestros sentimientos, de compartir con el otro lo que deseamos y que nadie puede burlarse de ello, por esta razón en presencia de todos ustedes decretaré el día de la Recreación y exigiré que todos los animalitos del reino sean respetados y protegidos. Además, nombraré a Nicki, como el Defensor de los Derechos de nuestros niños y a Sofía mi Ministra de Recreación”-.



Ahora vamos a bailar y celebremos este hermoso día.

Y así dice la leyenda, que cuando el pájaro carpintero está haciendo su trabajo, todos los animalitos comienzan a bailar al ritmo de la música del toc-tac-toc-tac-toc-tac-tac y que cuando el carpintero deja de taladrar, en algún lugar de la selva, una elefantita de trompa rosada se levanta muy temprano para encontrarse con Leónidas y salir juntos a recorrer su hermosa selva, colorín colorado este cuento se ha acabado.

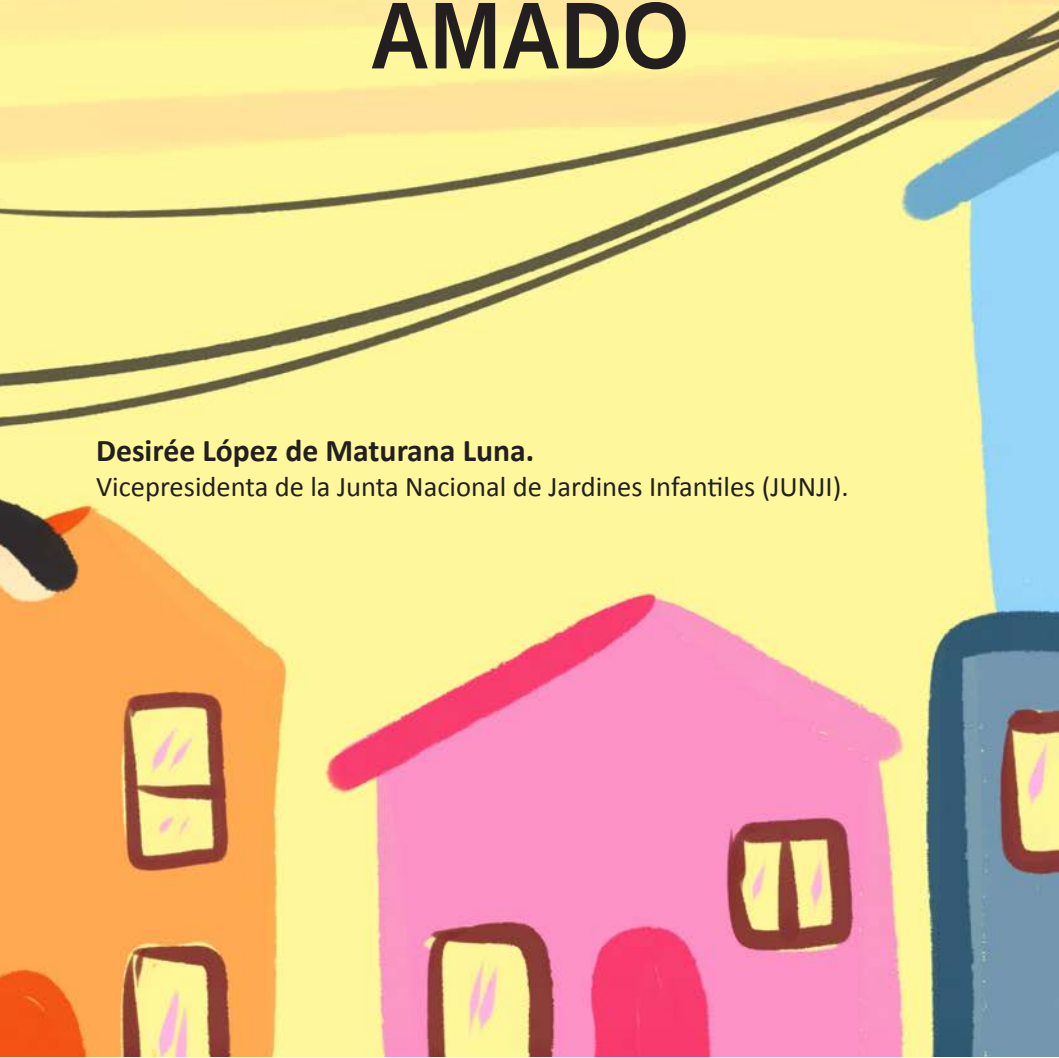


Derecho a ser protegido contra cualquier manifestación de maltrato o negligencia.

DIEGO Y EL DERECHO A SER AMADO

Desirée López de Maturana Luna.

Vicepresidenta de la Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI).



Diego es un hermoso y curioso niño, tiene 6 años y vive con su abuela desde el momento de nacer. Él asiste a un jardín infantil de la escuela de su comunidad y disfruta cada momento de lo que en ese espacio sucede: sus compañeros, sus compañeras y sus educadoras. Conversa con todos quienes trabajan y colaboran en el lugar.

Un frío día de agosto discutió con su abuela, quien lo reprendió por no haber cumplido el compromiso de ordenar sus cosas. Él muy enojado le dice: -“Seguro que tú no me quieres porque sólo los padres quieren a sus hijos”-. Luego se fueron caminando al jardín, en silencio, con mucha pena. Cuando llegaron, Amanda la Educadora de Diego, lo recibió con un fuerte abrazo y mirando a la abuela, la tranquilizó con una sonrisa.

Durante el trayecto de la entrada del jardín hasta la de su sala, Diego vio una gran cantidad de carteles con letras y dibujos llamativos colgados y pegados en las paredes; aunque su ánimo no era el mejor, provocaron igual su curiosidad. Quería saber qué decían cada uno de esos carteles y por qué estaban puestos ahí... entonces pensó:

-“¿Será que puedo poner uno que diga que ya no quiero más a mi abuela y que las abuelas no sirven para cuidar a los niños?”-,... pero como siempre sentía que era importante resolver sus dudas, fue donde Amanda quien se disponía a comenzar la clase, y le preguntó -“Tía ¿Por qué hay tantos carteles pegados en las paredes del jardín?”-. -“Porque estamos celebrando un año más de un maravilloso libro que contiene todos los derechos de los niños y de las niñas del mundo, se llama Convención sobre los Derechos de los Niños”-.



Pero, la curiosidad de Diego no se agotó con eso y levantando su mano dijo: -“Tía Amanda ¿Qué es un derecho?”-. -“Un derecho es un acuerdo que las personas hacen para que todas y todos tengamos lo que necesitamos para poder vivir y compartir con los demás, para respetarnos y desarrollarnos bien desde pequeñitos. ¿Saben que tener un nombre es un derecho? ¿Y que venir al jardín también?”-, le respondió Amanda.

Entonces, sorprendido por todo lo que sabía su tía Amanda acerca de los derechos, Diego alzó de nuevo su mano y preguntó: -“Los derechos de los niños y de las niñas que estamos celebrando, dicen ¿Qué debemos tener lo que necesitamos para estar bien y ser felices?”-. -“Mmmm, exactamente”-, dijo Amanda, al mismo tiempo que le preguntaba, -“¿Y tú? ¿Cuándo te sientes bien y feliz?”-.

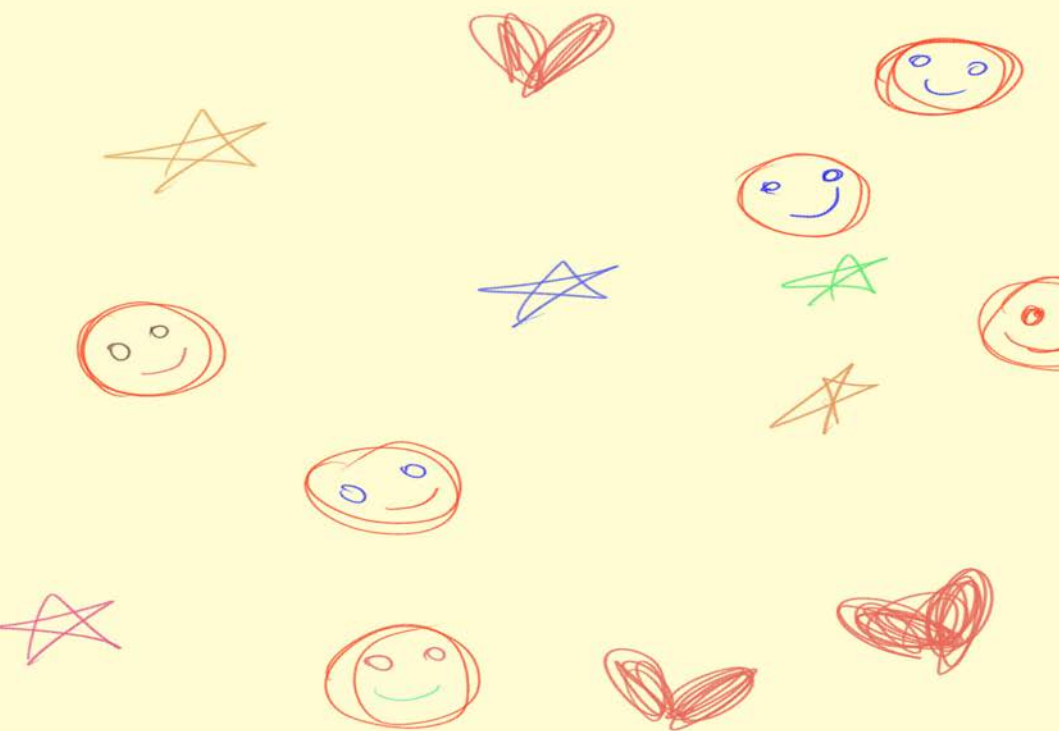


Diego respiró hondo con una sonrisa, miró al techo, cruzó sus manos por la espalda y dijo con fuerza: -“Cuando mi abuelita me abraza, cuando me da la comida, cuando me hace cosquillas y yo me rio mucho... también cuando vengo al jardín y aprendo, cuando juego con mis amigos y amigas, pero más cuando hablo con usted y usted me mira...”-. Al pronunciar esas palabras Diego se acordó de su linda abuelita y los ojos se le llenaron de agüita. ¡Qué mal se había portado esa mañana!, al decirle a su abuelita “¡Qué ya no lo quería!”, después de que lo hubiera retado.

Amanda lo abrazó y le propuso hacer algo para alegrar a su abuelita, entonces Diego, secándose sus lágrimas dijo: - “¡Ya sé! Quiero compartir con ella lo que aprendí hoy sobre los derechos de los niños”-. Amanda, entusiasmada, le propuso que invitara a sus amigos y a sus amigas a hacer carteles con los derechos para que los compartieran en sus casas.

Diego, casi sin pensar, decidió dibujar el derecho a ser amado. Rápidamente en su hoja dibujó abrazos, caras sonrientes, a su perro y a su gato, corazones y estrellas de todos los colores, como una manera de expresar su sensación de ser amado.

Al terminar la jornada, su abuela lo estaba esperando en la puerta; Diego corrió a sus brazos le entregó el dibujo y le gritó – “¡Mira, mira! Tengo derecho a ser amado”, entregándole su dibujo – “Gracias mi niño”- le respondió ella, al mismo tiempo que agregaba - “Yo también te traje un regalo”- y le puso, en su mano, un pequeño sobre que Diego guardó en su bolsillo.



Luego recordó el sobre, lo abrió y encontró en su interior una foto suya de cuando era un bebé pegada en un corazón de color rojo.

Al día siguiente, Diego llegó al jardín con un cartel que había hecho en su casa que decía: “Tengo derecho a ser amado”, pero lo más hermoso es que puso en el centro el corazón con su foto.

Pidió ayuda a su tía Amanda y lo pegó en un lugar importante de la pared, fuera de su sala al lado de otros carteles y pensó que era el mejor de todos. Lo miró por un largo rato y desde ese momento supo, que sería un gran defensor de estos derechos.



